ANTONIO PASO
RICARDO GONZALEZ DEL TORO

LAS MUJERES DE ZORRILLA

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL Y EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1923

LAS MUJERES DE ZORRILLA

ANTONIO PASO
RICARDO GONZÁLEZ DEL TORO

LAS MUJERES DE ZORRILLA

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS
ORIGINAL Y EN PROSA

Estrenado en el Teatro de la Comedia la noche del 16 de noviembre de 1923



MADRID
Sucesor de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11 duplicado
Teléfono 5-51 M.
1923

Al chico en grande Valeriano León

Con un afectuoso abrazo de

Antonio y Ricardo

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
INES	Aurora Redondo.
LUCIA	Carmen Andrés.
ANA	Ana Ferri.
BRÍGIDA	Carmen Sanz.
MAGDALENA	Isabel Redondo.
MARGARITA	Julia Posada.
AMADO ZORRILLA	Valeriano León.
TEOBALDO CAMINO	Eduardo Gómez.
DON GONZALO	Manuel Perales.
MANOLO	Manuel Luna.
CALAMINA	Mariano Azaña.
CORTINA	Federico Górriz.
PEDROTE	Antonio Braña.
CARRANQUE	José Carrascosa.
GUILLERMO	Carlos Díaz.
IVÁN	Joaquín Villanueva.



ACTO PRIMERO

Zaguán y portalada de una casa de labor en Mataclara, pueblo imaginario de la provincia de Toledo. Por el hueco del foro, se ve la carretera. En la lateral izquierda del público, fachada de la casa con puerta en primer término En segundo término y a la altura de un primer piso, ventana o balconcillo con tiestos de flores. En el mismo término y como a dos metros de la fachada, un copudo nogal, cuyas ramas caen precisamente ante la ventana. En la lateral derecha, dos puertas que dan paso a las dependencias de la casa, y en segundo término, casi en el centro de la escena, un pozo con pila, pescante, carril, soga y cubo para sacar el agua. Detalles a gusto del pintor.

—

(Al levantarse el telón, son las primeras horas de un día del mes de junio. La escena está sola. Por la puerta de la izquierda, sale BRIGIDA, criada, de unos veinticinco años, guapota; sale en refajo, corpiño y una toalla basta sobre los hombros, que le cubre el busto y parte de los brazos. Le cuelga la trenza del pelo. Saca en las manos una palangana de barro vidriado imitación de Talavera. Se dirige al pozo, tira de la cuerda, figura que saca un cubo de agua, llena la palangana, y mientras, canta la siguiente copla, a media voz.)

Brígida (Saliendo y cantando.)

Paso el río, paso el puente,
siempre te encuentro lavando,
¿pero qué haces con la ropa
que la *tiés* que lavar tanto?

(Vuelve a dirigirse a la puerta por donde salió, pero en el centro de la escena y dirigiéndose al público, dice:)

Hoy no hay quien me quite un regaño de los amos, porque debe ser mu tarde... Y es, que, cuando viene la calor, paece que me pegan a la cama. Y cuidao que le encargué a Calamina que en cuanto apuntara el sol me diese ahí, en la ventana de mi cuarto, (Señalando.) unos golpes... y pué que me los haya dao, pero es que como no me los den en la cabeza no hay quien me tire de la cama. Si sigo así, he pensao atarme una cuerda al tobillo y dejarla caer por la ventana pa que al salir el sol me dé Calamina seis o siete tirones; es la única manera pa que me tire de la cama, sí, porque si no me tiro yo, me tira él. (Haciendo mutis.) ¡Ea, vamos a asearnos un poquillo! (Hace mutis por donde salió, cantando.)

Paso el río, paso el puente,
etc., etc.

(Apenas ha hecho mutis, asoma por la puerta de la derecha la cabeza, CALAMINA, y al verla desaparecer, sale seguido de PEDROTE. Calamina es muy rubio. Pedrote es muy moreno; son dos criados.)

Calamina (Con misterio a Pedrote.) Ya se ha entrao. Ahora sube a su habitación y empieza el lavoteo y es el momento de verla como la vimos la otra mañana.

Pedrote Como la viste tú.

Calamina Tú no la viste porque no te tocó en suerte.

Pedrote (Ilusionado.) Oye, y es blanca, ¿verdad?

Calamina (Idem.) Tié un escote que paece de merengue, y unos brazos... tú habrás notao que de

aquí aquí... (Señalando desde las muñecas a los dedos.) está renegrilla; güeno, pues de aquí... (Desde la muñeca al hombro.) a aquí, es más blanca que la manesia; con un hoyiyo que tié en semejante parte, (Señalando el codo.) y un lunar aquí, según se baja de los agüelos a mano derecha...

Pedrote ¿En una paletilla?

Calamina Antes de llegar; si muchas veces, cuando va descotailla, se le ve.

Pedrote ¡Ah, pues me voy a fijar!

Calamina ¡Chist, cállate que ya paece que se la siente trajinar!

Pedrote (Escuchando.) Sí que me paece... por si acaso voy... (Se dirige al nogal.)

Calamina (Sujetándole.) ¿Ande vas?

Pedrote A subirme al nogal pa... (Acción de ver.)

Calamina ¡Ca, hombre, hay que echarlo a suerte!

Pedrote ¿También hoy?

Calamina Pues claro.

Pedrote Yo creí que... Bueno; lo que haiga de ser, pronto, porque si me toca a mí, no quiero perder un minuto; además, que el amo sabes que salió a las eras y vendrá en seguía...

Calamina Ahora mesmo... (Metiendo la mano en los bolsillos.) Aquí tengo yo un puñao de judías; pide pares o nones y despachaos.

Pedrote Nones.

Calamina (Abriendo la mano y contando.) Una, dos, tres, cuatro y cinco.

Pedrote (Con alegría.) ¡Nones!

Calamina (Muy natural.) Estás en desgracia. (Se dirige al nogal.)

Pedrote ¡Pero si ha salío nones!

Calamina Pues por eso subo yo.

Pedrote ¿Y yo?...

Calamina ¡Tú.. nones!... (Sube al nogal y figura que mete la cabeza por entre las hojas, de modo que domina la ventana.)

Pedrote Pero oye, es que...

Calamina Cállate, que pa que veas que soy buen amigo tuyo, en cuanto eche un par de ojeás, me apeo y subes tú; ahora, vegílame, que yo te vegilaré a ti.

Pedrote (Refunfuñando.) ¡Maldita sea! (Se va a la puerta del foro y figura que mira, pero, más que en el foro, donde tiene puesta su atención es en el árbol.)

Calamina ¡Anda! Pues ese cubrecorsé no es el que tenía antiayer; el de antiayer era un color así tirando a manteca, y este tira... este tira de espaldas, porque hay que ver los lazos y los calaos que tiene.

Pedrote (Que está nervioso, y no se puede contener, baja del foro al nogal.) ¿Bajas o no?

Calamina Sí, hombre, sí, espérate. ¡Qué cintura más recogía!...

Pedrote ¿Qué ves?

Calamina La cintura.

Pedrote Baja, hombre, baja.

Calamina Ya voy, hombre; cuidao que eres pesao; si entoavía no ha empezao a lavarse la cara.

(Entra por el foro TEOBALDO, y al ver lo que hacen los criados, se detiene cerca de la puerta.)

A ver si por abandonar la vigilancia, nos pilla el amo, y ya sabes lo bruto que es.

Pedrote Es una mula... Si no fuea porque es el amo... (Teobaldo, al oír cómo lo están poniendo, avanza sigilosamente y le pone una mano en el hombro a Pedrote, que vuelve la cara, y al verlo, se queda de piedra.) ¡El a...!

(Teobaldo no le deja acabar la frase tapándole la boca y haciéndole indicaciones de que se calle.)

Calamina ¡Ya se ha soltao el pelo! (Teobaldo le tira de una pierna. Calamina, creyendo que es Pedro.) Estate quieto, que te doy una patá en la cabeza... ¡Va a empezar a lavarse! (Teobaldo vuelve a tirarle de la pierna.) Que cuanto más me tires más tardo en bajar. ¡Ya, ya empieza el chapoteo! (Teobaldo vuelve a tirarle de la pierna.) Que no me hurgues, que es peor. ¡Ay, si yo fuese el agua!...

Teobaldo (Saliendo del costado del nogal y colocándose debajo para que lo vea Calamina.) ¿Qué harías si fueses el agua?

Calamina (Al verlo.) ¡Agua!

Teobaldo Ya estás bajando. (Pedrote intenta irse suave-

mente.) Y tú, Pedrote, no te vayas, hombre, que tengo que darte un encargo.

Pedrote (Aparte) Nos la hemos ganao... Y ese siquiea ha sacao provecho, pero yo...

Teobaldo (A Calamina, que se queda rezagado junto al árbol.) Acércate más, hombre. Claro, que como soy una bestia, temes que te dé un par de coces, ¿verdad?

Calamina (Temeroso.) Sí, señor..

Teobaldo (Indignado.) ¡Ah, de modo que!...

Calamina Quieo decir que tié usté razón en hacer lo que haga.. pero es que ése, (Señalando a Pedrote.) está pirrao por la Brígida...

Pedrote Digasté que el que...

Teobaldo Basta. De modo que a ése le gusta y tú la... (Acción de verla.)

Calamina Pa decírselo a ése.

Teobaldo Pero, ¿es que vosotros os habéis olvidao que yo me llamo don Teobaldo Camino de Quiñones, y que el blasón más grande de los Caminos ha sido la moralidad, y que en esta casa que nos vamos dejando de un Camino a otro jamás ha penetrado la liviandad, ni la procacidad, ni la concupiscencia? ¿Es así, o no es así?

Calamina Sí, señor, no ha entrao naide de esas.

Teobaldo Por lo mismo, yo debía ahora plantaros en el arroyo, pero estoy seguro que os planto y os secáis, de brutos que sois.

Pedrote (Asintiendo.) Sí, señor, sí.

Teobaldo Además, tendría que decirle a mi hermana, cómo os había cogido... hacer pública la causa de mi determinación, y eso daría lugar a comidillas y a murmuraciones... No, no; aquí no ha ocurrido nada, porque no puede ocurrir. Ahora bien, como ha ocurrido, se me ha ocurrido que desde esta noche durmáis en las eras y no entréis aquí hasta que todo el mundo esté vestido y aseado; pero tened en cuenta que si esto se repite, entonces, sin temor a las murmuraciones, os echaré a patadas, ¿me oís?

Los dos Sí, señor, sí.

Teobaldo A patadas. Y entonces es cuando podréis

decir que soy una mula; aquí moralidad y nada más que moralidad. ‹ onque largo, al trabajo y a ver si quiere Dios que llueva, que tenemos los sembrados que da pena verlos.

Calamina ¿Manda algo más el amo?

Teobaldo (Paseando.) Nada; moralidad, y a ser posible, un chaparrón. (Calamina y Pedrote hacen mutis por el foro. Teobaldo sigue paseándose por la escena, hablando consigo.) ¡Sorprender a la criada cuando se está lavando! Y seguramente desde ahí se la debe ver admirablemente... y claro, ella .. confiada.. pues, no se preocupará del escote, ni del corpiño; porque es lo que dirá: como no me ve nadie... (Acercándose al nogal y mirando a todos lados.) como no me ve nadie... (Subiendo.) como no me ve nadie... Voy a ver si veo algo... (Asoma la cabeza por el centro del nogal y mira a la ventana.) ¡Diablo! Este nogal, no me tapa lo que yo quisiera; está poco frondoso. ¡Claro, llevamos cerca de cuatro meses de sequía! Si Dios me oyera, caería agua de firme.

(En este momento, se ve asomar a la ventana a BRÍGIDA con la palangana que sacó antes, llena de agua, y la tira sobre el nogal y, como es lógico, le cae toda a Teobaldo, y vuelve a meterse otra vez cantando.)

Pues me ha oído Dios... (Bajando a escena.) Y ahora, ¿cómo justifico yo?... ¡Ah, sí!... (Llamando.) ¡Brígida, Brígida!...

Brígida (Asomándose a la ventana.) Ya sé lo que me va a decir el amo, que otra vez como se me güelvan a pegar las sábanas...

Teobaldo (Sin dejarla acabar.) No, no... Que otra vez, cuando tires agua, mires antes quién pasa por debajo, porque mira cómo me has puesto.

(En este momento, aparece por la puerta de la izquierda ANA, mujer de unos treinta y cuatro años, guapota, muy arreglada, pero excesivamente pálida, se queda sin avanzar, oyendo lo que dicen.)

Brígida (Asustada.) ¡Ay, el Señor me valga! Pero ya pué comprender el señor, que si yo...

Teobaldo Sí, sí, que si me hubieras visto... Porque tú no me has visto, ¿verdad?

Brígida Ni sombra.

Ana (Tomando parte en la conversación.) De todos modos, no vuelvas a tirar el agua por la ventana Hoy ha sido al señor, otro día puede ser a mi, y si a mí me cae una cosa así de improviso, co forme estoy de los nervios... ¡qué sé yo!... pudiera darme un colapso.

Brígida ¡Ay, por Dios, señorita!

Ana Vaya y concluya de arreglarse.

(Brigida se quita de la ventana.)

Teobaldo No exageres, mujer; porque te caiga una poca de agua ..

Ana Un colapso, Teobaldo; cuando yo te lo digo, si conoceré mis nervios. (Pulsándose ella misma.) Ves, ya tengo algo de aritmia, pum, pum, pum...

Teobaldo (Enfadado.) Que te den un tiro. Tú lo que tienes es un histerismo que nos va a volver locos a todos.

Ana Histerismo, no, Teobaldo. Son otros fenómenos; ya te he dicho que, a mí, no me sube esa bola característica en las histéricas.

Teobaldo La has tomao con la bola.

Ana La he tomao con lo que es; y te suplico que no me excites.

Teobaldo ¿Sabes lo que te digo? Que si, en vez de mi hermana, fueses mi mujer o una prima, eso te lo quitaba yo en una semana.

Ana Teobaldo; que tal día como hoy, hace nueve años... ¡Dios mío, qué efemérides!

Teobaldo Eso; eso es lo que tienes tú, y lo que no hay manera de arrancarte.

Ana Sería preciso arrancarme el corazón.

Teobaldo Pero, ¿qué te dió ese sinvergüenza de...?

Ana No; no lo insultes. Ya te he dicho mil veces que, Federico Plazuela, no era un sinvergüenza; Federico Plazuela me quería, y estoy segura que me quiere; tuvo necesidad de salir de España; pero me dió palabra de volver y casarse conmigo, y volverá; no lo

dudes, Teobaldo; volverá y se unirá a mí.

Teobaldo ¡Si yo no lo dudo! Pero, al paso que lleva, se va a unir contigo en el cementerio.

Ana Pues en este mundo, en el otro, en donde sea, le espero y seré suya. Tú no comprendes este idilio; porque cuando fuiste a Toledo por mí, para traerme a tu casa de este pueblo a que me repusiera, ya todo había pasado; pero mírame con diez años menos; mírame en la imperial ciudad; una calleja estrecha, una reja volada, una hornacina cóncava y dentro un Cristo alumbrado por una lamparilla, y él, al pie de la reja, con el flexible caído sobre las cejas, el gabán de trabilla, los botines color ceniza, murmurando en mi oído: «que te quiero, chata». ¡Ay, qué imágenes más bonitas se le ocurrían!

Teobaldo Pero es que, en ese mismo caso tuyo, está Lucía, la estanquera de aquí, del pueblo; también un hombre la enamoró y la dió palabra de casamiento y quedó en volver...

Ana Y ella le espera.

Teobaldo Pero se ha fijao un plazo, que termina este año, y si no vuelve dispondrá de su persona; porque es lo que dice, con muy buen sentido: yo ya estoy demasiado madura, y el mejor día, o me caigo del árbol, o se me lleva un gorrión en el pico; y eso es lo que debías de tener en cuenta tú, que estás también para caerte.

Ana Yo podré caerme; pero a mí, el pico no me lo clava ningún volátil. Plazuela, y sólo Plazuela.

(Por el foro entra LUCÍA, mujer de unos treinta y seis años, también guapota, fresca; es la estanquera del pueblo, pero viste con cierto gusto y algo llamativa; le acompaña MANOLO, de unos veintinueve años, médico del pueblo.)

Lucía (Entrando.) Buenos días.

Teobaldo A propósito; aquí tienes al médico y a Lucía.

Lucía Sí; yo, que me he encontrado con Manolo,

que venía a hacer la visita a su hermana, y me dije: voy a acercarme, a ver qué tal ha pasao la noche... ¿Han visto ustés qué días más pegajosos están haciendo? A mí, me paece que esto acaba en una tormenta.

Teobaldo Buena falta hace.

Manolo (A Ana.) ¿Qué tal? ¿Cómo vamos?

Ana Muy mal, amigo Manolo. Estos nervios, no quieren dejarse dominar.

Manolo (Pulsándola.) ¡Bah! Esto es lo que dice Lucía; el tiempo, que va a cambiar.

Ana No lo crea usted; no es el tiempo; es decir, sí es el tiempo; pero el tiempo que pasa y alguien que no vuelve...

Lucía Y no volverá; usted debía hacerse la cuenta que yo me he hecho; y conste que doña Juana estaría loca por don Felipe, pero más que yo he estao y casi lo estoy por Rosendo Mercado, qué se yo... Pero los hombres, en cuanto cogen el corazón de una mujer, se ponen a hacer juegos malabares con él, y hasta que se les cae y se estrella...

Teobaldo Pues el de ésta, se ha hecho una tortilla.

Ana Teobaldo; te ruego que...

Teobaldo Pero, mujer; si es que ya no sé qué decirte, ni qué hacer... Por no disgustarte, tengo que violentar mi carácter; pero, óyelo bien, si ese Plazuela volviese alguna vez a España y no te cumpliera lo ofrecido... no sé si es grande o chico, valiente o cobarde, porque no he tenido la desgracia de conocerle; pero, sea como sea, le doy con el puño cerrado así, en el cerviguillo, y que te diga ahí el doctor lo que tardaría en entrar en el período agónico.

Manolo (Riendo.) Instantáneamente.

Lucía En eso, hace usted bien; porque yo soy mujer, y todas las noches, al acostarme, le pido lo mismo a Dios: Si Mercado va a volver y no me va a cumplir su palabra, que no vuelva; que no vuelva, porque un león hambriento, comparao conmigo, es «el cachorro de lanas, se vende». ¡Como yo le echara estas cinco uñas a las narices, ni ése, (Por Manolo.) ni la Real Academia de Medicina en

pleno, eran capaz de cortarle la hemorragia.

Manolo ¡Por Dios; no exageren ustedes! .. Claro que, esto de aconsejar, no siendo el interesado, es bien fácil; pero aun así y todo, exageran ustedes. Y conste que yo no hablo ahora como médico; hablo como interesado.

Teobaldo ¿Usted?

Manolo Sí, yo... ¿Ustedes creen que me he recluído en este pueblo voluntariamente?... Pues no, señor; yo me he desterrado de Madrid, por olvidar a una mujer.

Ana ¿Le traicionó a usted?

Manolo Me traicionó... es decir, me traicionó y no me traicionó. Su padre se empeñó en casarla con un hombre de mucha más edad que ella y de mucha más fortuna que edad; un cincuentón millonario, de esos que quieren ser jóvenes eternamente, se entallan la americana y van siempre a la última... Yo la propuse que nos escapásemos; pero el temor a su padre, el miedo al escándalo... la historia de siempre. Ahora; que yo, como ustedes, espero... ¡Y el día que me pueda vengar!... Lo del cerviguillo y lo de las narices, son caricias al lado de lo que idearé. Pero, entre tanto, ya me ven; procuro dominarme, olvidar... y eso es lo que les aconsejo a ustedes...

Teobaldo (Mirando con interés a Lucía.) Y últimamente, ahí está la voz populi... La otra noche, se lo dije a Lucía: Si una puerta se cierra, no faltaría un portalón que se abriese.

Manolo Y ella, ¿qué le contestó?

Lucía Pues que vaya preparando la llave, por si acaso.

Manolo (Riendo.) No está mal; vaya, voy a seguir mi visita.

Lucía Y yo también; me voy al estanco.

Teobaldo Les acompañamos a ustedes; voy a las eras, y de paso a darle a ésta un paseo.

Manolo Sí, eso le es muy conveniente: ejercicio, aire, sol...

Ana ¡Sol! Para mi siempre está nublado, doctor.

(Hacen mutis todos por el foro derecha del público).

(Por la puerta de la izquierda sale BRÍGIDA ya peinada, arreglada, etc.)

Brígida (Al público.) ¡Pero qué tontos son los hombres! Pues no se creen que yo no sé que se suben al nogal pa atisbar cómo me lavo y cómo me arreglo... Lo que pasa es que una es decente y deja la ventana abierta a cosa hecha, que si no .. ¡Qué lástima que se haya ido el médico, porque yo tengo necesidad de consultarle lo que me pasa; sí, porque esto no pué ser natural. Hay días que me levanto y no me gustan más que los morenos, y en cambio otros me levanto y no me gustan más que los rubios; y el día que me gustan los morenos, que no se me ponga un rubio por delante o viceversa. Y esto de herencia no es; porque mi madre le fué siempre fiel a mi padre y mi padre era calvo. Hoy me levanto, que se me acerca un moreno y ya pué ser tó lo feo que quiera que pa mí como si fuese el señor Apolo.

(Por el foro izquierda entra CALAMINA, corriendo. Luego PEDROTE.)

Calamina ¡Una silla! Dame una silla.

Brígida Una... (Reparando que es rubio.) Cógela tú.

Pedrote (Entrando igual) Una silla, ¿de ande se pué coger una silla?

Brígida (Reparando que es moreno.) No te molestes, que yo te la daré.

Calamina Date prisa, mujer; que se trata de la vía de un semejante.

Brígida A mí no me hables tú. (Dándole la silla a Pedrote.) Toma, galán.

(Por el foro aparecen CORTINA, hombre de unos treinta y cinco años y CARRANQUE, más joven, vestido de chófer, con leguis, guardapolvo gris, cuello de color; no trae gorra y el color del pelo debe ser pelirrojo muy marcado: entre los dos sacan en brazos, desmayado, a AMADO ZORRILLA, que viste un traje de sport exagerado. Por lo que se habla de-

él, deducirá el actor el tipo gracioso que ha de componerse. Lo mismo Cortina que Carranque salen llenos de polvo, con algunas erosiones en la cara y en las manos. Amado Zorrilla figura que viene sin sentido.)

Cortina ¿Dónde podemos colocarlo?

Calamina Aquí, en esta silla. (Lo colocan.)

Brígida ¡Ay, Virgen de los Campos! ¿Pero qué ha sío?

Cortina Un accidente de automóvil, que ha podido costarnos la vida.

Brígida ¡Dichosos automóviles!

Carran. No me mire usted así que yo no he tenío la culpa. Yo venía en segunda, sabe usted, y por mi gusto hubiera venido en primera, pero el señor se empeñó que viniésemos en tercera...

Brígida ¿Es tacaño?

Cortina Se refiere a las velocidades.

Carran. A mí no me gusta correr, pero el señor no dejaba de decirme: «Carranque, al pasar por Mataclara, pasa como una centella. Yo le advertí: señor, que la carretera atraviesa el pueblo y es un pueblo en el que hay muchos cerdos y nos exponemos a hacer una carnicería; pero él insistió: «aunque dejes al pueblo sin morcillas, tú, corre»; conque al darle vista metí la tercera, pisé el acelerador... y para qué les voy a decir a ustedes.

Brígida Y, ¿cómo ha sido la desgracia?

Cortina Por no atropellar a unos chicos...

Carran. Se me pusieron lo que se dice delante, viré a la derecha y...

Calamina Y se ha hecho cisco el vehículo contra un guardacantón.

Brígida ¡Pobre señor!

Cortina Ya parece que vuelve en sí.

Brígida ¿Pero viene herío?...

Cortina No, magullado, erosionado como nosotros. Ahora, que él ha debido darse un golpe en la cabeza y para mí lo que tiene es algo de conmoción...

Pedrote Felipe, el de la Tomasa, se fué a buscar al médico en seguía, ahora, que como anda

haciendo la vesita, pero no debe tardar.

Brígida Digo yo, que si le espurriáramos la cabeza con agua fresca, quizá le hiciese bien.

Cortina Indudablemente.

Brígida Pues en seguía saco un cubo de agua... (Dirigiéndose al pozo.)

Calamina (Acercándose.) ¿Te ayudo?

Brígida Tú, no. (A Pedrote.) Ese (Se pone a sacar el agua.)

Cortina Tú, Carranque, quédate al cuidado del señor mientras viene el médico, que yo voy a llegarme a telégrafos, porque supongo que aquí habrá telégrafo...

Calamina Sí, señor; telégrafo y teléfono.

Cortina Magnífico, ¿y está muy lejos?

Calamina Dos minutos, yo le acompañaré.

Cortina Sí, hazme el favor; en seguida estoy aquí. (Cortina y Calamina hacen mutis por el foro izquierda. Pedrote acerca el cubo al lado de Amado y Brígida con las manos figura que le espurrea la cara y la cabeza.)

Amado (Con voz apagada.) ¿Dónde estoy?

Brígida En Mataclara, provincia de Toledo.

Amado (Como delirando.) ¡Mataclara! Cortina, dile a Carranque que meta la tercera.

Carran. ¿Lo ven ustedes? Ya está con la manía.

Amado Que no se pare. Dile a Carranque que arranque.

Pedrote Debe ser un delirio. (Poniéndose delante.) La vista la tié mu nublá.

Amado (Como si delirara.) Ese cerdo... ese burro, que se quite ese burro.

Brígida (A Pedrote.) Tú, quítate de ahí.

Carran. Tarda el médico.

Brígida Sí que tarda. (A Pedrote.) ¿Por qué no das una corría a ver si lo encuentras y te lo traes.

Pedrote Pero que ahora mismo. (Hace mutis, foro derecha.)

Amado (Abriendo los ojos y alargando las dos manos y cogiendo una a Carranque y otra a Brígida.) ¡Carranque! ¡Cortina!

Carran. Cortina ha ído a no sé qué, pero viene en seguida.

Amado Entonces esta mano.

Brígida Es mía, señor.

Amado (Fijándose en ella.) Perdóname, pero es que con el golpe he perdido hasta el sentido del tacto (Sobándole la mano.) ya debí comprender que... Cortina no las tiene tan mantecosas ni tan suaves. (Quejándose.) ¡Ay!

Brígida ¿Qué siente usted?

Amado Muchas cosas. Se me va la cabeza .. se me va la vista... (Subiendo la mano para llegarla al cuello.) se me van las manos...

Brígida Vamos, ya paece que se da usté cuenta de sí.

Amado (Echándole el brazo por el cuello.) Me voy dando cuenta de algo. ¿Dónde me habéis dicho que estoy, porque antes no entendí bien?

Brígida En Mataclara, provincia de Toledo.

Amado ¡En Mataclara! (Haciendo un esfuerzo y levantándose.) Carranque, vámonos.

Carran. ¿Pero cómo, señor? El coche ha quedado inútil.

Amado En un carro, en un burro... en lo que sea, pero vámonos.

Carran. Quizá haya ido el amigo del señor a pedir otro coche a Madrid, en ese caso antes de una hora lo tendremos aquí.

Amado Sí, pero yo no puedo esperar ni un minuto.

Brígida Por lo menos espere usted que se le pase el atontamiento.

Amado Que aquí no se me pasa; que me atonto más.

Cortina (Entrando por el foro.) Ya he hablado con su mujer y con su suegro y han salido para aquí volando.

Amado Tú, Cortina, por lo que más quieras, busca una manera de continuar nuestro viaje ahora mismo.

Cortina ¿Estás loco? Sin que te vea el médico y sin que te repongas del golpe, jamás...

Amado Cortina, que me matas.

Cortina Dejaría yo de ser un amigo verdad tuyo.

(PEDROTE, entrando por el foro derecha.)

Pedrote Al doctor no le encuentro por ninguna parte; los amos les he enterao de lo ocurrido y ahí vienen.

Amado Vámonos.

Cortina Siquiera unos minutos, que les demos las gracias.

Brígida Y que si no se esperan pué que lo tomen a mal, ¡con lo cumplimenteros que son!

Amado Bueno, si es cuestión de minutos...

Pedrote Ya están ahí.

(Por el foro derecha hacen entrada ANA y TEOBALDO.

Ana (Avanzando.) De modo que, a Dios gracias, no ha pasado nada... (Al ver a Amado da un grito.) ¡Ah!

Amado (Aparte, aterrado.) ¡La de Toledo!

Teobaldo (A Ana.) ¿Qué te pasa?

Ana ¡El! ¡El! ¡Plazuela! ¡Federico Plazuela!

Cortina (Aparte a Amado.) ¿Qué dice de Plazuela?

Amado (Aparte a Cortina.) Cortina, por tu madre, búscame un monoplano.

Ana (A Teobaldo.) ¿Lo ves? ¿Lo ves cómo no era un sinvergüenza? ¿Lo ves cómo no tienes necesidad de darle en el cerviguillo?

Amado (Aparte.) Cortina, el mono.

Ana ¡Ay! ¿Qué será esto que va trepando por todo mi cuerpo?...

Amado (Idem.) El mono.

Ana ¡Ha cumplido su palabra! ¡Ha vuelto! (Yéndose hacia él amorosa.) Federico, Federico.

Teobaldo (Sugetándola.) Bueno, bueno, delante de éstos. Vosotros (A Pedrote y a Brígida.) a vuestros quehaceres. (Brígida entra por la izquierda y Pedrote se va por el foro.) Y en cuanto a los señores, (Por Cortina y Carranque.) si a usted no le parece mal, que pasen ahí dentro...

Amado No, lo mejor es que se vayan... a la... calle... al café... Eso; iros al café y tomad una copa de anís del mono.

Teobaldo Ahí en la plaza tienen ustedes el único que hay. Ya iré yo a recogerles.

Cortina De paso, si te parece, veremos qué se hace del coche.

Amado Sí; pero primero el mono, ¿te enteras? el mono.

Carran. (Haciendo mutis con Cortina.) ¡Qué interés tiene en que bebamos!

(Quedan solos los tres. Hay un momento de pausa.)

Teobaldo De modo que aquí el señor es Plazuela

Ana Plazuela. (Presentándolo.) Mi hermano, Teobaldo Camino.

Amado Mucho gusto. (Al tiempo de alargarle la mano vacila como si fuera a caer.)

Teobaldo ¿Qué le pasa?...

Amado No, nada... El golpe, que como lo recibí de lleno en la cabeza, y yo soy...

Teobaldo ¿Delicado?

Amado Mucho; a mí no me de usted un golpe, porque... lo que para otro cualquiera no tiene importancia, para mí es terrible. No, no; yo me voy ahora mismo a Madrid a ver a un especialista en golpes.

Ana ¿Que te vas?

Amado Pero que ahora mismo.

Teobaldo Tiene razón para desear irse. Tú con la alegría de verle y yo arrastrado por ti, no nos hemos ocupado más que de nuestro egoísmo, sin tener en cuenta que acaba de darse contra un guardacantón.

Amado Y que lo he hundido medio metro.

Ana ¡Qué barbaridad! ¡Qué golpe!

Amado Esto no lo curan más que en Madrid. Si no me tengo que ir al extranjero.

Teobaldo No lo crea usted. Afortunadamente tenemos aquí un médico que es una verdadera notabilidad, y como de hablar lo que haya de hablar tiempo hay, y lo que precisa es que lo vea el doctor, yo mismo voy en persona por él, que si los Caminos en cuanto a moralidad somos inflexibles, como hospitalarios, ahí está el pueblo que lo diga.

Amado Bueno, pero es que...

Teobaldo Nada, nada. Usted me espera ahí dentro con Ana; y si no se siente con fuerzas para seguir de pie, se echa en mi cama hasta que el médico disponga lo que crea necesario. Si no estoy equivocado, fué al cortijo de La Cañadilla, a ver a Tiburcio, pero ya debe estar de regreso.

Ana Y en el entretanto, si te parece... le pondré unos paños de agua con vinagre.

Amado No, vinagre no; a mí el vinagre me sienta muy mal...

Teobaldo Le haces una taza de tila.

Amado Tampoco.

Ana Pues algo tenemos que hacerte.

Amado Si me quedo aquí, sí; pero como yo creo que debían dejarme marchar.

Teobaldo ¿Que nosotros le dejemos irse? Usted no conoce los Caminos.

Amado Ya preguntaré a los peones camineros... Ahora mismo me ha dado un latigazo aquí. (En el cerebelo.)

Ana (Cogiéndole.) ¡Dios mío!

Amado Y otro aquí. (Por el cerebro.)

Teobaldo Como que las consecuencias de un golpe no se saben al pronto. Nada, nada, entrar, que antes de diez minutos estoy aquí con el doctor.

Ana (Entrándole del brazo, casi arrastra.) Sí, sí... vamos.

Teobaldo Y aunque no quiera, echarlo, que le sentará muy bien.

Amado (Aparte.) Eso quisiera yo, que me echaran. (Hace mutis por la puerta de la izquierda Ana y Amado.)

Teobaldo (Llamando.) Pedrote, Calamina.

(PEDROTE, saliendo foro izquierda.)

Pedrote Mande el amo.

Teobaldo Voy a la Cañadilla en busca de don Manuel y como casi es seguro que venga ya de regreso y no sé si vendrá por la carretera o habrá tomado el atajo...

Pedrote Entendío, quiere usted que yo eche por un lao y el amo por otro pa que no se escape.

Teobaldo Eso quiero.

Pedrote Pues por el atajo, que es peor camino, voy.

Teobaldo Y yo por la carretera; y si te le encuentras le dices en mi nombre que venga en seguida aquí.

Pedrote Descuide el amo.

Teobaldo Vamos. (Hacen los dos mutis por el foro izquierda.)

(Por el foro derecha sale CORTINA.)

Cortina Para mí, que Amado ha debido sufrir un trastorno mental con el golpe, porque ¿cómo me proporciono yo aquí un monoplano? Además, que lo sensato sería esperar la llegada de su mujer y su suegro, que no deben tardar... Yo por si le conviene he alquilado una tartana que puede llevarnos hasta el pueblo inmediato que tiene estación y podemos tomar el tren... Ahora viene la dueña, que según me ha dicho, es la estanquera, a ajustarla. Voy a ver si se puede hablar con él (Mutis por la puerta de la izquierda.)

(Por el foro izquierda sale LUCIA y CALAMINA.)

Lucía (A Calamina.) Pues siendo como ha sido una desgracia y tratándose de que tus amos los han recogío y se interesan por ellos, puén disponer de la tartana y de la yegua, sin necesidad de pagar nada.

Calamina No sea osté tonta, que por la aparencia paecen gentes de mucho dinero.

Lucía Ya puén tener tó el que quieran, que en un caso así no me gana a generosa ni tu amo; conque anda, llégate ahí a la taberna y dile a Justino que vaya a la cerca y coja la yegua y lo prepare tó.

Calamina ¿Dice usted que estará en la taberna?

Lucía En la taberna, y le dices que la coja y le ponga los arreos y que enganche... ¡a ver si me entiendes!

Calamina No pase usted cuidao, que en un vuelo está hecho tó.

(Hace mutis por el foro derecha, al mismo tiempo, por la puerta de la izquierda, sale ANA.)

Ana ¡Este médico lo que tarda! Y cada vez se está poniendo peor. (Viendo a Lucía.) Lucía.

Lucía A verlos venía para eso de la tartana.

Ana ¿De qué tartana?

Lucía De la mía, que la quieren los señores esos del accidente.

Ana ¡Los señores esos!... ¿A que no sabe usted quién es uno de ellos?

Lucía ¿Algún conocido?

Ana ¡Federico Plazuela!

Lucía ¡Es posible!

Ana Sí, Lucía, sí. Plazuela que ha vuelto. Plazuela que viene a cumplir su palabra. El sueño de toda mi vida que se realiza. ¡Ser mujer de Plazuela!

Lucía No tendré yo esa suerte!

Ana ¡Quién sabe! Lo mismo que ha llegado el mío, puede llegar el suyo.

Lucía ¡No lo creo! Ahora que si vuelve y no me cumple su palabra.. porque Federico se la va a cumplir.

Ana Aún no hemos podido hablar más que muy ligeramente; pero según parece desea que nos casemos en Toledo, como allí fuimos tan felices. Me ha dicho que quiere irse esta misma tarde a arreglarlo todo. Ahora que no sé si podrá, porque el golpe. . Y este médico que no viene.. porque también el amigo que venía con él está bastante erosionado.

Lucía Pero por lo visto no es cosa de cuidado.

Ana Qué sé yo. Teobaldo dice que estos golpes suelen traer malas consecuencias ¡Cuánto tarda! .. ¡Y cómo estoy de nerviosa! Voy a ver si los veo venir... desde ahí, desde la fuente. (Hace mutis por el foro derecha.)

Lucía ¿Está loca? Por supuesto, que la cosa no es para menos... Una vez que estuve en Madrid y se me figuró que uno que pasaba en automóvil era Rosendo Mercado, me entró una excitación y me empezó a dar unas sacudidas el cuerpo, que se me desabrocharon tós los automáticos.

(Por la puerta de la izquierda sale AMADO.)

Amado Pero qué locura ha hecho este Cortina. ¡Avisarle a mi mujer y a mi suegro! Yo me... (En este momento se encuentra cara a cara con Lucía.)

Lucía (Al verlo.) ¡Rosendo!

Amado ¡Lucía! ¡Dios mío!, ¿por qué no me dejaría la cabeza en el guardacantón?

Lucía (Con apasionamiento.) Rosendo, pero ¿eres tú? ¡Tú, Rosendo, tú!

Amado Tú, no grites, que ahí dentro hay un enfermo.

Lucía Sí, ya lo sé. Plazuela, el prometido de Ana.

Amado Ese.

Lucía ¿De modo que tú eres ese que le acompañaba?

Amado Ese.

Lucía Supongo que habrás venido a cumplir tu palabra.

Amado ¡Ele!

Lucía Y a hacerme feliz llevándome al altar.

Amado (Maquinalmente.) ¡Ole!

Lucía Porque si no has venido a eso... (Amenazadora.) si no has venido a eso...

Amado ¡Hule!

Lucía (En fiera.) Con las uñas, con los dientes, como pudiera, el pedazo más grande que dejaba de ti lo tenían que buscar con prismáticos; añadir la burla al escarnio, no. Rosendo, con una mujer que te ha esperado nueve años y estaba dispuesta a esperarte hasta el décimo, no se juega.

Amado Pero si tú te lo dices todo.

Lucía (Dejando la fiereza y con dulzura.) ¿De modo que has venido por mí?

Amado (Fingiendo cariño.) ¿Por quién si no, negra?

Lucía ¡Ay, negra! Ese piropo no se te caía antes de los labios, ¿te acuerdas? Siempre era para ti la negra de tus ojos.

Amado Y hoy eres para mí la negra también.

Lucía ¿De dónde vienes?

Amado De rodar por el mundo: Méjico, Cuba.... En Cuba es donde más he rodado.

Lucía ¿Y te has acordado de mí?

Amado Siempre. Tu nombre era mi pesadilla. Al

levantarme abría los ojos, y ¡Lucía! Al acostarme encendía la vela, y ¡Lucía!...

Lucía Y ¿cómo me encuentras?

Amado Pues te encuentro que me extraña que no hayas tenido un hombre que...

Lucía He tenido muchos; pero tú sabes que desde la locura aquella de Cartagena yo estoy imposibilitada de querer a nadie.

Amado ¿Qué locura de Cartagena?

Lucía ¿No te acuerdas que un marinero, amigo tuyo, me tatuó aquí, sobre el corazón, «¡Soy de Rosendo Mercado!»

Amado ¡Ah, sí, ahora recuerdo!

Lucía Figúrate... si se pudiese borrar... Y no es eso lo peor, sino que, como he ido engordando, las letras han aumentado de tamaño, y no puedes darte una idea; me descoto, y parece una valla con un anuncio.

Amado Sí que fué una... (Fijándose en el foro.) ¡Mi madre! Ana que viene. Si me presenta a ésta y ésta me presenta a la otra, hay que ver lo que a mí se me presenta. Yo me quito de en medio. (Medio mutis.)

Lucía ¿Dónde vas?

Amado Aquí, a ver cómo sigue Plazuela... Tú vete a tu casa y no salgas, que en seguida voy. Espérame.

Lucía Sentada me tendrás detrás del mostrador.

Amado Eso, espérame sentada. (Entrando.) Pero ¿por qué no me dejé yo la cabeza en el guardacantón?

(Apenas hace mutis Amado, entra por el foro ANA, toda impaciente.)

Ana Pero, Dios mío, ¿qué ocurrirá que no vienen?

Lucía (Llegando hasta ella y con alegría.) ¡Ay, Ana, Ana!

Ana ¿Qué le ocurre?

Lucía Que sí, que tenía usted razón, que no he debido desconfiar de Rosendo Mercado; que viene a cumplirme su palabra. ¡Voy a ser mujer de Mercado!

Ana Pero ¿está aquí?

Lucía (Indicando a la izquierda.) Ahí dentro.

Ana Por lo visto, ¿es...?

Lucía El amigo que acompaña a Federico Plazuela.

Ana ¡Qué coincidencias tiene la vida! Venir los dos juntos... darse contra el guardacantón...

Lucía Es chocante, ¿verdad?

Ana ¡Mucho!... Entonces vamos a ir al himeneo casi al unísono.

Lucía Ya era hora. Porque, aquí, para nosotras, nos estábamos pasando.

Ana Sí, sí, es verdad; estamos en ese momento que los hombres llaman jamón.

Lucía Más tocino que jamón.

(En este momento se oye por el foro la bocina de una motocicleta, que figura que avanza a todo correr.)

Calamina (Desde el foro.) Anda, ¡pobre gallina!

Ana ¿Qué pasa?

Calamina Una moto de esas con volquete, que viene que es un rayo... ¡Y para aquí! ¡Y paece que...!

(Por el foro entra INÉS, que vestirá un traje de esos llamados peleles que usan los motoristas, con gorra, guantes, etc. Al hacer entrada, se sube las gafas, dejándoselas sobre la frente. Le sigue DON GONZALO, de unos cuarenta y cinco años, con guardapolvo y gafas.)

Inés (Entrando con gran agitación e interés.) Buenos días. ¿Y mi esposo? ¿Dónde está mi esposo?

Ana ¿Su esposo?

Inés Sí; no me lo nieguen ustedes. Por grande que sea la catástrofe, quiero conocerla... No teman, soy una mujer fuerte. Ya comprenderán que no he hecho cincuenta kilómetros en veinte minutos para andar con sensiblerías.. Me figuro que Cortina no se ha atrevido a decirme la verdad.

Ana Pero ¿a quién se refiere usted?

Inés A mi marido.

Gonzalo A mi yerno, a don Amado Zorrilla.

Ana ¿Zorrilla? Ustedes vienen equivocados.

Gonzalo ¿Equivocados?

Inés Pero si Cortina me ha hablado por teléfono...

Lucía ¿Cortina?

Ana Repito que vienen ustedes equivocados. Efectivamente, hace poco un automóvil ha chocado a la entrada del pueblo contra un guardacantón.

Inés Pues en él venían...

Ana (Sin dejarla acabar.) Don Federico Plazuela...

Lucía (Idem.) Y don Rosendo Mercado.

Inés Entonces... este pueblo, ¿no es Mataclara?

Calamina Mataclara es.

Gonzalo (También dudando.) Pues no me explico...

(En este momento entran por el foro izquierda TEOBALDO y MANOLO.)

Teobaldo Ya estamos... (Al reparar en Inés y Don Gonzalo.) ¿Eh?... ¿Ha ocurrido algún otro accidente?

Ana Esta señora y este caballero, que preguntan...

Inés Por mi marido.

Gonzalo Por mi yerno.

Manolo (Al oir hablar a Inés, exclama sin poder contenerse.) ¡Inés!

Inés (Idem.) ¡Manolo!

Lucía Por lo visto, vienen equivocados; porque aquí el esposo de la señora es un tal Zorrilla...

Gonzalo Amado Zorrilla.

Inés Y su amigo Modesto Cortina.

Ana Y tú sabes que uno de ellos es Federico Plazuela.

Lucía Y el otro Rosendo Mercado.

Teobaldo Pero cómo, ¿Mercado?...

Lucía Sí, ha vuelto... Viene a cumplirme su palabra.

Inés Basta. Si todo esto que hacen ustedes lo hacen con el deseo, muy de agradecer, de evitarme una impresión dolorosa, les repito que soy una mujer fuerte y que es preferible a esta inquietud la verdad, por muy terrible que sea.

Teobaldo Nada más fácil de conocerla. (A Ana.) ¿Cómo sigue Plazuela?

Ana Algo atontado... Como recibió el golpe de lleno en la cabeza; pero no ha habido manera de hacerle que se eche.

Lucía Y Rosendo también está de pie. Hace un momento acaba de entrarse.

Teobaldo ¡Ah! Pues entonces... si quieren pasar... o si les parece mejor esperar...

Gonzalo Sí; esperaremos.

Teobaldo (Entrando por la izquierda.) Son unos segundos...

Gonzalo (Que no ha dejado de fijarse en Ana, dice aparte.) (Arrogante tipo de mujer. Tiene algo de la castellana clásica de que nos habla el Romancero; sí, sí; ese porte... ese aire, es de la castellana.

Manolo (Aparte, y mirando a Inés.) (Qué guapa está... ¡Dios mío; que no sea su marido, porque como lo sea!...

(Por la izquierda sale TEOBALDO, sacando casi arrastras a AMADO, seguido de CORTINA.)

Teobaldo (Desde dentro.) Vamos, hombre; un esfuerzo..

Amado (Desde dentro.) No puedo... me muero.

Teobaldo (Ya apareciendo, tirando de él.) No tenga cuidado, que está aquí el médico.

Inés (Al verlo, corriendo hacia él.) ¡Amado!

Todos ¡¡Eh!!

Amado (Cayendo, como desvanecido, en brazos de Cortina.) ¡La apocalipsis!

Inés ¡Amado!

Ana ¡Federico!

Lucía ¡Rosendo!

Inés ¿Pero qué dicen ustedes? Este hombre es Amado Zorrilla, mi esposo.

Ana Es Federico Plazuela, mi prometido.

Lucía Es Rosendo Mercado, el mío.

Ana Mercado, es ése. (Señalando a Cortina.)

Cortina Yo soy Cortina.

Teobaldo No se cansen ustedes. ¿Quién mejor que él puede sacarnos de la duda?

Ana Sí; es verdad. Habla, Federico.

Inés Habla, Amado.

Lucía Habla, Rosendo...

Amado (Que tiene abiertos de par en par los ojos y mira como extrañado, sólo contesta con monosílabos.) Aaa... ba... ba... ba... ba...

Gonzalo Se le cae la baba.

Inés ¡Amado!

Lucía ¡Rosendo!

Ana ¡Federico!

Manolo No se cansen ustedes... Este hombre no puede hablar.

Amado (Como si asintiese.) E... e... e...

Manolo (Pulsándolo y examinándole la cabeza.) Sin duda, es efecto del golpe tan fuerte que recibió en la cabeza... Debe de haber algo de lesión interna...

Amado (Indicándole con la cabeza que quiere irse.) A... s... i... i...

Ana Pues si ha perdido el habla y la inteligencia, ¿cómo aclarar?...

Inés Yo les juro que es mi esposo.

Manolo Su esposo, ¿verdad?... Pues nada; tranquilícense ustedes; yo me encargo de este hombre.

Amado (Mueve la cabeza, diciendo que no.) O... o... o... o...

Ana ¿Y volverá a ser el de antes?

Manolo Volverá.

Teobaldo Pues como vuelva y te haya engañado, se acuerda de Teobaldo Camino.

Lucía Como vuelva y no sea Mercado, me hago un renard con su pellejo.

Amado (Al público.) No vuelvo. (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Decoración.—Salón biblioteca, de aspecto señorial, pero algo rústico, en casa de don Teobaldo Camino. En el centro del foro, ancho ventanal con cristalera, a través de la cual se ven las copas de los árboles, destacándose bajo un cielo espléndido. En el paño de la izquierda del foro, un gran retrato al óleo del eminente estadista español don Juan Bravo Murillo, y en el paño de la derecha, cuatro retratos más, pintados al óleo también, y que representan a los fundadores de la casa: don Lope Camino, bizarro guerrero del siglo XVI; don Genaro Camino, sabio doctor del siglo XVII; don Fernando Camino, elegante cortesano de Carlos IV, y don Rudesindo Camino, coronel isabelino, con el pecho lleno de cruces y condecoraciones. En la ochava lateral izquierda (siempre del público), puerta que da a los pasillos exteriores. En la otra ochava, la de la derecha, puerta que conduce a las habitaciones de servicio. Otras puertas en cada uno de los primeros términos laterales. Grandes estanterías, repletas de libros y pergaminos, y adosadas a las paredes de la sala. Una gran mesa de roble delante del ventanal, y un sillón de cuero delante de la mesa. Lámparas y sillería antiguas, a tono con el austero ambiente de la habitación. Una mesita supletoria, con un atril sobre ella, y otro sillón de cuero a la derecha, casi en el centro de la escena. Es de día, y por el ventanal entra el sol a raudales.

—

(Al levantarse el telón, aparece el siguiente cuadro: LUCÍA, sentada cerca de la lateral izquierda, con-

templando una fotografía, que figura ser la de Amado Zorrilla, del brazo de Inés, vestida de blanco, con el ramo de azahar, al acabar de casarse; de pie, a su lado, está TEOBALDO. En igual forma, con otra fotografía igual, aparece en la lateral derecha ANA, y de pie, a su lado, DON GONZALO. Ana solloza y se limpia alguna lágrima, contemplando el retrato. Lucía está que muerde.)

Ana (Al retrato.) ¡Apóstata!

Lucía (Idem.) ¡Granuja!

Ana (Idem.) ¡Perjuro!

Lucía (Idem.) ¡Sinvergüenza!

Teobaldo Vamos, Lucía; calma.

Lucía ¿Calma? Y lo estoy viendo aquí, tan atildado, tan compuesto, del brazo de ella, vestida de blanco, con el ramo de azahar. .

Gonzalo Precisamente, al salir de la iglesia, se hicieron esa fotografía.

Ana ¡Qué mono está de frac! ¡Así lo soñaba yo! (Solloza.)

Gonzalo Vamos, Ana; basta de lágrimas. ¡Da pena ver esos ojos, que, por lo grandes y lo oscuros, me recuerdan los de las mujeres bereberes, siempre llenos de agua!

Teobaldo (Quitándole la fotografía a Lucía.) ¡Ea, se acabó! ¡Basta de sufrimientos!

Gonzalo Me parece muy bien su determinación, y conste que, si yo le dije a Cortina, cuando ayer fué a Madrid por la ropa para nosotros, que se trajese estos retratos, la partida de casamiento, etc , etc., fué para que de una vez se convenciesen de que Zorrilla es el marido de mi hija, y que, por lo tanto, es...

Ana ¡Un perjuro!

Lucía ¡Un mal hombre!

Teobaldo ¡Un ventilador!

Gonzalo ¡Ah! ¡Si no estuviese como está!... En fin; venga esa fotografía.

Ana No, por Dios; déjemela, don Gonzalo; quiero tenerla, para convencerme de su traición, para despreciarlo...

Gonzalo Sí; pero pudiera extraviársele...

Ana ¡Extraviárseme! No me conoce usted; esta

fotografía no saldrá jamás de aquí, y mientras esté aquí, segura está, don Gonzalo.

Teobaldo Pero, mujer; si ya todo es inútil. ¿Para qué mortificarte? Zorrilla, o Plazuela o Mercado, o demonios que se lo lleven, es un pedazo de carne con ojos que, probablemente, no volverá a ser lo que fué.

Lucía Quién sabe; Manolo se ha tomado un interés, como por ningún enfermo.

Teobaldo Eso, sí; ahora, que el tratamiento es un poco duro; en sesenta horas, dos sangrías, cinco duchas y, además, lo tiene a dieta rigurosa.

Gonzalo Sí que parece duro... Ahora, que cuando él lo ha dispuesto así, necesario será.

Teobaldo Y que en lo de la dieta, ha encargado una vigilancia extrema; dice que, si come algo, por insignificante que sea, le cuesta la vida.

Ana Pero es que, si no come, también se morirá.

Gonzalo En esos estados así, no hay miedo.

Lucía ¿Y no ha tomado nada desde anteayer?

Teobaldo ¡Ni agua!...

Ana Así está el pobre, que se le saltan los ojos cuando ve un panecillo.

Teobaldo Sí, pero darle una migaja equivaldría a darle un tiro y eso no... si se lo ha de llevar Dios que se lo lleve Él, pero mandárselo nosotros, no es hidalgo.

(Por la izquierda aparecen CALAMINA, PEDROTE y BRIGIDA.)

Calamina ¿Dan licencia?

Teobaldo Pasar, pasar.

Ana ¿Qué queréis?

Pedrote Que es la hora de levantar al alelao...

Ana Inconsciente, querrás decir.

Pedrote Eso quiero decir, pero no pueo... me es más fácil lo de alelao, y como pa el caso es lo mismo.

Gonzalo Bueno, ¿pero para qué lo levantáis?

Brígida Pa ventilarle la habitación; aseársela...

Calamina Y después pa darle la ducha. Y si viean ustés el trebajo que nos cuesta dársela...

Pedrote Si pudiera hablar, ¡las cosas que nos diría!

Calamina Ya nos las dice por señas... y yo lo comprendo, porque, es que está el agua del pozo que se echa un puñao de chufas y sale horchata.

Lucía ¡Qué barbaridad!

Teobaldo El médico ha dicho que cuanto más fría, más efecto le hace.

Calamina Ya lo creo que le hace efecto.

Pedrote Pues si no mandan otra cosa, vamos a sacarlo.

Lucía ¡Ah! ¿Pero va a salir aquí?...

Brígida Mientras se le hace la habitación, aquí lo sentamos, porque de pie no se pué sostener mucho rato el pobre.

Gonzalo Es natural, a dieta, y con tanta ducha, se estará quedando...

Calamina Como que cuando se espereza le suenan los huesos que paece que está tocando las castañuelas.

Ana Yo no quiero verle.

Lucía Ni yo tampoco.

Teobaldo Tienen razón; estas cosas sobrecogen el ánimo... Vamos a desayunarnos... (A Lucía.) Quédese con nosotros.

Lucía No, yo tengo que hacer en casa. Luego volveré a ver cómo le ha encontrao el médico.

Teobaldo Se lo digo de corazón,

Lucía Y yo se lo agradezco. Vaya, hasta luego. (Hace mutis segunda izquierda.)

Teobaldo Hasta luego... Y nosotros al comedor; y tú, serénate, confórtate y nútrete.

Ana Si vieras que no tengo ganas de abrir la boca...

Gonzalo Pues hay que comer; tome usted una taza de café con algo.

Teobaldo Ca, eso allá en Madrid; aquí en el campo desayunamos más fuerte. (A Calamina.) En cuanto lo saquéis, y antes de darle la ducha, llevadnos al comedor parte de la despensa; a Dios gracias está bien repleta. Vamos. (Hacen mutis por la segunda izquierda.)

Brígida Hala, darse prisa, que tengo que hacer mucho hoy.

Calamina (Con acento dulzón.) ¿Quiés que te ayude?

Brígida (Con desprecio.) ¿Tú? Primero me echaba al pozo.

Calamina ¿Pero qué te pasa que ende que te has levantao no me pues tragar, y en cambio ayer tó era buscarme y me echabas ca mirá que ma atontecías?

Pedrote Igual me hizo a mí antiyer. Eso es que tié venas.

Brígida (Melosa.) Tú te callas morenazo, y anda termina que quieo que me ayudes.

Pedrote ¿Yo?

Brígida Tú, sí... (Mirándolo fijamente.) ¡Ay! es que tiés un moreno tan resaltao, que paeces de caoba.

Pedrote (Dándose tono.) Como que ande hay un hombre así, oscurito, que se quiten tós los rubiales.

Brígida Eso, ¡Un hombre oscurito!...

Calamina Pero es que éste, es más oscuro que un cimetanógrafo.

Brígida Mejor, y andar, que hay que llevarles a los amos el tente en pie.

Calamina (A Pedrote.) Arrea.

(Entran por la primera derecha; apenas han hecho mutis, sale por la primera izquierda CORTINA.)

Cortina (Saliendo.) ¿Qué? ¿Cómo va nuestro enfermo?

Brígida Igual que lo dejó usted... es decir más débil ca vez; a mí... pué que diga un sacrilegio, pero me paece que este médico le ha equivocao.

Cortina ¡Pudiera ser!... Y pensando en eso, precisamente ayer, cuando en Madrid, hablé con el doctor Larrubia, que es el médico de casa, para que celebre una consulta con el de aquí Anoche quise traérmelo en el auto, y no pudo, pero me prometió venir hoy, y estoy seguro que no tardará.

Brígida A ver si Dios quiere, que entre los dos lo acierten o lo maten, que tó es preferible a verlo como se le ve... Y que a usted le debe querer muchísimo, porque desde ayer tarde que no ha dejao de indicar así, con la cabeza y con los ojos, que si había usted vuelto.

Cortina Sí, me quiere, sí.

Brígida Aquí sale.

(Por la primera derecha, sale AMADO, que viste un pijama que le estará grande, porque es de don Teobalbo, procurando que la blusa del pijama tenga un bolsillo amplio por fuera en la parte izquierda y casi encima del corazón; saca babuchas Sale temblón y apoyándose en PEDROTE y CALAMINA.)

Pedrote Vamos, que hoy paece que se sostiene osté mejor.

(Amado hace un gesto como diciendo; Así, así.)

Calamina Eso es la ducha que le sienta bien.

(Amado hace otro gesto, indicando que no, pero con una rabia terrible.)

Brígida Bueno, bueno, no se excite y sentarlo. (Alargando el sillón.) Y vamos pa la despensa, por el encargo del amo, que la mañana se nos echa encima y está to por hacer.

Calamina (Sentándolo.) Arrellénese.

Pedrote (Idem) Ajajá.

Calamina Pobre hombre, pesa menos que una mariposa.

Pedrote Bueno, pues ahí se quea osté.

Cortina Irse sin miedo, que estoy yo aquí.

Calamina Si lo levanta usted, tenga cuidado al cogerlo, como esa cosa que tié puesta es del amo y le está grande, pues a lo mejor se le escurre y se le cae por una manga.

Cortina Sí, sí; comprendido.

Brígida Vamos. (Brígida, Calamina y Padrote, hacen mutis por la derecha.)

(Quedan solos AMADO y CORTINA; hay un momento de pausa. Amado mira a todos lados, y al convencerse de que están solos, dice:)

Amado ¿Cortina, el Smith tuyo de cuántos tiros es?

Cortina De cinco.

Amado (Contando con los dedos.) Justos; dámelo.

Cortina ¿Pero qué vas a hacer?

Amado Dámelo, que he oído decir que ha mandado el médico que me pongan unas cantáridas en las pantorrillas, y al que me coja una pierna, le voy a dar una patá que van a tener que aplicarle los rayos X pa encontrarle

la babucha. Dámelo, que el que me eche otra ducha, le voy a dejar seco.

Cortina Calma, Amado, calma.

Amado No puedo. Esto que están haciendo conmigo, se lo hacen a un cordero lechal, y se convierte en un miura. ¡Ese mediquito! El otro día, conforme me estaba sangrando, decía a los demás: Miren ustedes qué sangre más mala; y yo decía entre mí, pa mala sangre la tuya, ladrón.

Cortina Que te calmes te digo, que ya está todo arreglado.

Amado ¿Hablaste con el doctor Larrubia?

Cortina Hablé con él; se lo conté todo; le expliqué tu situación, a lo que habías recurrido para evitarte el conflicto, y no tardará en llegar y en salvarte.

Amado Y desenmascarar a este Manolo y demostrará que todo su plan es una venganza, porque Inés le despreció y se casó conmigo.

Cortina No, porque eso equivaldría a desenmascararte a ti también; se le ha ocurrido otra cosa mejor.

Amado Tú le habrás dicho que figure que me examina.

Cortina Sí, hombre, sí.

Amado Y que cuando me examine, me suspenda el régimen de dietas y duchas..

Cortina ¡Eso no va a ninguna parte! El, después de reconocerte, va a mandar que en el acto salgas para el Sanatorio de la Paloma, en Suiza, que es uno de los más acreditados, y una vez allí...

Amado Le digo toda la verdad a Inés, y estoy seguro que ella me perdonará; después de todo, esto no es más que el rescoldo de un fuego que pasó; tú lo sabes, Cortina; desde que me casé con ella, cerré el libro de mis andanzas tenoriescas, y he sido un marido modelo.

Cortina No, si el peligro de ella es relativo, el que no es tan relativo, es el de tu suegro; tú sabes que te dió su hija, más que por dártela a ti, por quitársela a Manolo. Claro está, entre un estudiante de Medicina, con fama de

juerguista, y casi sin porvenir y don Amado Zorrilla, millonario, sportman, hombre de peso...

Amado En lo del peso, favor que me haces.

Cortina Quiero decir formal, etcétera, etcétera, triunfó tu candidatura; la chica cedió al consejo paterno y os casasteis.

Amado Bueno, pero Inés me quiere.

Cortina Por lo menos te respeta. La que decididamente te va a faltar al respeto es la estanquera.

Amado Pues a mí me parece que está más calmada.

Cortina No te fíes; es la calma de la pantera que acecha la presa; y del hermano de Ana, nada te digo.

Amado No me lo digas, porque lo sé; Ayer tarde, estando yo aquí, entró con ella, y, ¿tú ves esos retratos?...

Cortina Sí, sus antecesores: me los ha presentado. Don Lope, don Genaro, don Fernando y don Rudesindo Camino. Este, (Señalando al otro cuadro.) me dijo que era no sé qué personaje político, emparentado con ellos.

Amado Don Juan Bravo Murillo. Bueno, pues como te decía, ayer tarde entró con ella y le dijo: «Yo te juro, Ana, que si este hombre recobra la salud, y siendo como es Zorrilla, se fingió Plazuela para engañarte, lo que tarde en recobrarla es lo que tarda en perderla. De aquí sale en un coche estufa: te lo juro por nuestros ascendientes.» Y señaló con una mano a Bravo Murillo y con la otra a los cuatro Caminos.

Cortina Y lo hace como lo jura; por eso, lo que se le ha ocurrido al doctor Larrubia, es lo mejor.

Amado Oye, ¿y mi mujer, sigue encerrada, sin querer hablar con nadie?... ¿Te ha dicho algo?... ¿Piensa algo?

Cortina Inés, o mucho me equivoco, o no está muy segura de tu enfermedad.

Amado ¡Ah! ¿Ella cree que es?...

Cortina Lo que es. Una martingala tuya para evitarte el tener que dar explicaciones... es decir, ésto es lo que yo me supongo; pudiera ser que no.

Amado ¿Pero le has oído algo que justifique esa sospecha?

Cortina Anoche, al regresar de Madrid, al entregarle los vestidos que le traía, le pregunté por tu estado y me contestó: «No sé... seguirá lo mismo. . Ahora, que a ése, el que le devuelve el habla soy yo...» Me volvió la espalda y eso es todo. (Al ver que Amado cierra los ojos, y se queda, así, como si le diese un vahído.) ¡Eh! ¿Qué te pasa?... ¿Te pones malo?

Amado Un vahido,.. pero no, no te asustes; no es efecto del golpe, es efecto del hambre... (Con ansia) del hambre, Cortina .. ¡Sesenta horas sin probar bocado! ¡Con lo bien que yo comía! Por lo que tú más quieras, tráeme algo de comer; vete a la cocina y coge lo que sea, aunque esté crudo...

Cortina ¿Crudo?

Amado Sí, hombre, crudo; si, ahora, me parecen muy bien los antropófagos.

Cortina De aquí no lo sueñes: tú no sabes las órdenes, tan rigurosas, que tiene dadas don Teobaldo; ni la vigilancia que hay

Amado (Desesperado) Pues mata a la cocinera; haz algo...

Cortina Lo mejor es que vaya ahí enfrente, al café, y pida algo, un bistef.

Amado (Con una gran ilusión.) ¡Un bistef! Sí, Cortina, sí, tráemelo; pero muy grande, muy jugoso...

Cortina Ahora, que para entrarlo sin que... bueno, ya me las apañaré yo.

Amado Sí; corre, corre, y tráemelo en seguida.

Cortina Salir de la sartén y tenerlo en tus manos, todo es uno. (Cortina hace mutis por la segunda izquierda.)

Amado (Al público.) Me da miedo cerrar los ojos; porque es que los cierro, y siempre veo lo mismo... ¡Chorizos .. jamones... tortas!...

(Por la segunda derecha sale CALAMINA, con un atado de chorizos, que traerá colgando de la mano. PEDROTE, un jamón ya empezado, y BRÍGIDA, una bandeja grande, con polvorones, tortas y yemas.)

Calamina Ellos que tomen lo que quieran, y lo que sobre se vuelve a la despensa y *sacabó.*

Amado (Aparte, al verlos) ¡Mi madre! ¡Es que ya, hasta con los ojos abiertos, los veo!

Calamina (Acercándose a Amado) No se impaciente, que ahora venimos... (Amado mira el atado de los chorizos, que se le saltan los ojos, e indica después, con monosílabos, que son muy buenos.)

Amado Bu... bu... bu...

Calamina (Levantando lo atado, y poniéndoselo, casi delante de la cara.) ¿Esto?... Lomo puro... Aquí no hay engaño... Hechos en casa. (Amado los tantea y los acaricia con la mano, haciendo gestos de alegría.)

Brígida ¡Pobre hombre, qué ojos se le ponen!

Calamina Tié más hambre que el perro de un titiritero.

Pedrote Sí, pero ya has oído al médico: Darle de comer, es despacharlo pa el otro mundo.

Amado (Hace señas que le acerquen el jamón.) A... a... a...

Calamina ¿El jamón?

Amado Y... i... i...

Pedrote (Acercándoselo.) Esto es un bálsamo. (Amado lo huele, y al olerlo le da un desvanecimiento.)

Calamina ¡Ay, que se pone malo!

Brígida Claro, como que ésto es una herejía. Yo, si no nos vamos pronto, le doy dos polvorones, o le doy dos tortas, aunque le hagan daño.

Pedrote Sí, tiés razón, vamos pa el comedor.

Calamina El día que a éste le levante la dieta el médico, con tó lo que hay en la despensa no tié pa el desayuno.

Brígida Es que antes le mandará caldos y un muslo de gallina.

Amado (Aparte.) Sí, sí, muslitos a mí; yo entro en un gallinero y no dejo ni las plumas.

Calamina Bueno, vamos. (Hacen mutis los tres por la primera izquierda.)

Amado (Al público.) Bueno, o no hay justicia en la tierra, o lo mismo que Tántalo pasó a la leyenda, debo pasar yo; y yo con más razón, porque si a él le ponen un jamón en las narices, como me lo han puesto a mí, le da también un vahido, pero es al hacer la digestión.

(CORTINA sale por la segunda izquierda. Trae en la mano, dentro de un sobre, un bistef y, figurará que viene tan caliente, que le abrasa las manos.)

Cortina (Soplando las manos.) Ahí tienes: lo he metido en este sobre para disimular. (Dándoselo.)

Amado (Cogiéndolo.) ¡Mi madre, está que pela!...

Cortina Como que acaba de salir de la sartén. El pan me lo he metido aquí. (Por el bolsillo del pantalón.) Es un panecillo pequeño, porque no convenía que...

(Al ir a sacar el panecillo se oye la voz de MANOLO, por la primera izquierda, que dice:)

Manolo (Desde dentro.) ¿Está aquí, verdad?

Cortina Tú, el médico. (Vuelve a ocultarse el panecillo, y Amado se guarda el bistef en el bolsillo del pijama. Todo ésto muy rápido.)

Manolo (Saliendo.) Buenos días.

Cortina Muy buenos.

Manolo Ya me han dicho que no ha habido variante alguna en el curso de la enfermedad. (A Amado.) Seguimos estacionados, ¿eh?

Amado U... e...

Manolo Bien. (Buscando en el bolsillo el termómetro, que sacará.) Vamos a ver...

Amado (Aparte y tirando con disimulo del pijama, para que no le toque en el pecho.) Me está abrasando vivo el bistef este.

Manolo Hágame el favor de colocarle el termómetro en el sobaco; yo le levantaré el brazo. (Manolo le levanta el brazo y Cortina le coloca el termómetro.)

Amado (Aparte a Cortina.) ¡El filete! ¡Sóplame el filete!

Cortina Ya está.

Manolo Muy bien; ahora téngale el brazo contra el pecho, pero bien apretado. (Cortina le aprieta el brazo, y como es lógico, le aprieta el bistef también, y Amado pone la cara que es consiguiente.) Más, apriete más, qne recoja bien el calor...

Amado (Aparte a Cortina.) Cortina, que me achicharro.

Manolo (Sacando el reloj y mirándolo.) Ya sé que han

avisado ustedes al doctor Larrubia, para que celebre consulta conmigo.

Cortina Sí; como es el médico de la casa desde hace cinco años...

Manolo Si no me importa; al contrario... peor es que se descuidase... no, no; estas cosas, así, en caliente.

Amado (Aparte.) Sí caliente, y me está levantando una llaga.

Manolo Y aparte de que Larrubia es una eminencia reconocida, en estos casos se debe quemar el último cartucho, y aquí se va a quemar.

Amado (Aparte.) Aquí, me he quemao ya.

Manolo (Guardándose el reloj.) ¿Me quiere hacer el favor del termómetro? (Cortina le saca el termómetro y se lo alarga a Manolo, que al examinarlo, mirará espantado a Amado. Manolo, restregándose los ojos.) Pero, si no es posible... (Fijándose más en el termómetro.) ¡Cuarenta grados! Este hombre debe estar ardiendo.

Amado (Aparte.) Poco me falta.

Manolo ¡Cuarenta grados! Este hombre... (Le coge el pulso y observa.) Este hombre... (Aparte, soltándole el pulso.) Este hombre es un sinvergüenza.

Cortina Tal vez funcione mal el termómetro.

(Por la primera izquierda sale INÉS, ya vestida con un traje de casa, sencillo, pero elegante.)

Inés (Saliendo.) Buenos días.

Cortina (Aparte a Amado.) Tu mujer.

Inés (A Manolo.) ¿Qué? ¿Cómo sigue el enfermo? (Lo de enfermo lo dirá con ironía y recalcando la palabra.)

Manolo Lo mismo: estamos estacionados.

Inés (Siguiendo el tono irónico.) ¿Conque estacionados?... Cortina, ¿quiere usted hacer el favor de dejarnos?

Cortina No faltaba más. (Haciendo mutis por la primera izquierda.) (Esta sigue sospechando.)

Inés De modo que mi esposo...

Manolo Tu espo... digo, su esposo...

Inés Tú, tú; puedes hablarme de tú, como antes, ¿por qué no?

Manolo Antes eras mi novia y hoy eres la señora...

Inés (Sin dejarle acabar y mirando a Amado.) De un abúlico, de un inconsciente, de un imbécil. (Amado le sonríe, fingiendo que no se da cuenta de lo que le dice.)

Manolo Inés, considera que...

Inés ¿Qué? No dices tú que ni siente ni padece, que es una cosa muerta, un pelele, un idiota... (Amado sin poderse contener va a decir: «El idiota lo será ése», pero se contiene en el primer monosílabo y sólo dice:)

Amado El i... el i... el i...

Manolo ¡Eh! ¿Quería algo?

Inés No, nada, no le hagas caso, déjalo, déjalo y óyeme.

Manolo ¿Que te oiga?

Inés Sí, acerca una silla y siéntate aquí a mi lado. (Inés se sienta cerca de Amado Manolo arrastra una silla y se sienta junto a Inés.) Más, acércate más. (Manolo lo hace.) Así. Quiero en íntima confianza, en secreto, que conozcas mi sentir. Indudablemente hay una Providencia para los desgraciados y esa Providencia se ha acordado de mí, porque yo era muy desgraciada, Manolo.

Manolo ¿Qué me dices?

Inés Lo que oyes. Casada a la fuerza con un calaverón, antipático, maniático y reumático...

Amado (Aparte indignado.) Y yo estático.

Inés Ya comprenderás que mi vida debía ser un infierno; claro que Zorrilla me mimaba, me agasajaba, pero a mí no me gustaba; era un hombre en su ocaso, un sol que se ponía, un árbol sin sombra ..

Amado (Aparte) Un ciprés.

Inés Pero la Providencia en forma de guardacantón ha venido a librarme de esta pesadilla, a redimirme de esta esclavitud y a que pueda respirar fuerte. (Haciéndolo exagerado.) ¡Ay!

Amado (Aparte.) ¡Ay! qué golpe le voy a dar.

Inés Porque yo no he podido olvidarte, Manolo;

y si me he mostrado fría e indiferente contigo, ha sido porque mi deber de mujer casada me lo imponía, por respeto al nombre que llevaba de Amado Zorrilla, pero ese nombre dentro de poco lo leeremos entre un «R. I. P.» y un «su desconsolada esposa».

Amado (Aparte.) Como no os pongáis gafas.

Inés Y por eso hoy puedo decirte: Manolo, no te he olvidado. Manolo, te quiero.

Manolo ¡Inés de mi corazón!

Inés ¡Si nos oyese Zorrilla!

Amado (Aparte.) ¡Yo, si que estoy haciendo el chúti!

Inés Pero tú aseguras que no nos oye, ¿verdad?

Manolo No tengas miedo.

Inés Pues bien, Manolo, mi vida se rehace; una lágrima para esta futura momia y una sonrisa para ti. Un sol que nace y un sol que muere.

Amado (Aparte.) La han tomado con el repertorio.

Manolo ¿Entonces estás decidida?...

Inés A todo. ¿Qué puedo esperar ya de este hombre? (Levantándose.) Esta tarde, cuando caiga el sol, saldré a dar un paseo por las afueras del pueblo; tú acecha mi salida, después te unes a mí y juntos combinaremos nuestro plan.

Manolo Pero es necesario que fijemos dónde hemos de vernos, sin que los del pueblo...

Inés Eso tú que conocerás bien los alrededores...

Manolo En el altozano... no, no, por allí suelen ir muchos del pueblo. Lo mejor es que sigas la línea del río hasta llegar a un saucedal que encontrarás cercado de álamos; es lo mejor para no perdernos.

Inés Y últimamente si nos perdemos, ya sabes, en el río.

Amado (Aparte.) Eso, de perdidos al río.

Inés Y ahora vete, no debemos dar lugar a la más mínima sospecha.

Manolo Tienes razón. Ahí con doña Ana y don Teobaldo, esperaré la llegada del doctor Larrubia.

Inés Adiós, Manolo.

Manolo (Desde la puerta de la izquierda.) Adiós, Inés.

Hasta que el sol empiece a caer... (Mutis.)

Inés Hasta que empiece.

Amado (Levantándose.) Sí, pero antes voy a empezar yo. (Se dirige a Inés que estará vuelta de espaldas a él mirando por donde hizo mutis Manolo y le dice con tono severo.) Inés...

Inés (Volviéndose y mostrando una gran sorpresa.) ¡Tú! ¿Pero puedes hablar?

Amado Lo que no puedo es callarme. A ver si después de los piropos que me habéis echado...

Inés ¿Pero estás hablando?

Amado ¿Te extraña, verdad?

Inés (Cambiando de tono y en digna.) No. Lo esperaba, tenía la seguridad de que me hablarías; a esos has podido engañarlos, a mí no... Todo lo que acabas de oír ha sido premeditado por mí para llegar a esto, a que hablases, a que acabases con tu farsa. Por tu pasado libertino, por tus andanzas mujeriegas, has dado lugar a una situación de la cual no sé cómo vas a salir y me has puesto en ridículo. Sigues siendo el mismo, Amado; en lugar de corazón tienes un pedazo de carne.

Amado (Golpeándose el lado izquierdo.) ¿Que yo tengo aquí un pedazo de carne? No, Inés, no; tú misma lo acabas de decir, ha sido mi pasado, mis andanzas de otros tiempos... ¿cómo iba yo a figurarme que un flirteo de hace diez años pudiera traerme ésto? Porque hay que ver la paciencia de estas mujeres.

Inés Se lo juraste: a una en Toledo, al pie de una reja; a la otra a la orilla del mar, en Cartagena, una noche de tempestad.

Amado Sí, es verdad; lo recuerdo como una pesadilla. ¡La reja! ¡El juramento! ¡La tempestad! Ahora que yo creí que el tiempo y la ausencia lo borrarían todo.

Inés Parece mentira que hayas sido un hombre de mundo y no vieras el peligro; ese mismo juramento se lo haces a una muchacha y lo borra el tiempo, pero se lo haces a una jamona y el día del juicio final vuelve a la vida y lo primero que hace es buscarte para que le cumplas la palabra.

Amado Sí, sí; tienes razón, entonces es cuando debí quedarme mudo y no ahora.

Inés Pues no te queda más recurso que afrontar la situación cara a cara, decir la verdad.

Amado No, eso no, por lo que más quieras, Inés; no me pidas que hable.

Inés ¿Pero crees posible que continúe esta farsa?

Amado Si fuese mucho tiempo, tienes razón; pero el doctor Larrubia viene a salvarme; está de acuerdo con Cortina y va a ordenar que inmediatamente salga para Suiza, y saldré contigo, con mi mujercita. (Suplicante.) Piensa que desde que me uní a ti he sido un marido modelo y desde hoy lo seré más si cabe, te lo juro...

Inés (Asustada.) No, juramentos no, Amado.

Amado (Suplicante.) Anda, Inés...

Inés ¿Quieres hacerme cómplice tuyo?

Amado Quiero que me salves. Salir de aquí sin más deterioro que la pérdida del habla, porque como hable, ya te lo puedes figurar, como hable lo primero que tengo que decir es «que venga el viático».

Inés Pues bien, cuenta con mi ayuda, pero con una condición.

Amado Impón la que quieras.

Inés Es preciso... (En este momento se oye por el foro izquierda la bocina de un automóvil.) ¿Un automóvil?

Amado (Nervioso.) Debe ser Larrubia que llega; sal a recibirlo, procura hablar antes que nadie con él; que insista en que es necesario que nos marchemos en el acto...

Inés Pero has de cumplirme...

Amado (Sin dejarla acabar y empujándola hacia la puerta de la primera izquierda.) Sí, sí, todo lo que quieras, pero corre; que se acaben las duchas, que termine la dieta.

Inés (Haciendo mutis.) Dentro de poco hablarás y comerás.

Amado (Loco de alegría.) ¡Hablar! ¡Comer! ¡Salir de aquí! Verme lejos de don Teobaldo, esta especie de García del Castañar de Mataclara; lejos de las garras de la estanquera... ¡Y con

mi mujer al lado! ¡Mi mujer que me perdona! Sí, Amado, a ser feliz, a comer. Yo me voy a comer este solomillo aunque sea sin pan, porque es que se me va la vista...

(Se dirige al sillón y en el preciso momento de sentarse e ir a sacarse del bolsillo el sobre con el bistef aparece por la puerta de la segunda izquierda LUCIA, que trae un paquete en la mano que procura ocultarlo.)

Lucía (Mirando.) No hay nadie.

Amado (Al oirla, volviendo a guardarse el sobre.) ¡Maldita sea! Con qué gusto le diría que a las horas de comer no recibo.

Lucía (Avanzando y mirando a todos lados.) ¡Nadie! (Echándole una mirada de fiera.) Lucía, la hora de tu venganza ha llegado. De no estar impedido hubiera muerto entre mis uñas, que se las hubiera hundido en su cara, en su cuerpo.. ¡Sí, entre mis uñas, aunque luego me hubiese gastao seis duros en manicura, pero se vale de que está así... Por supuesto, que va a morir en seguida. El no será mío, pero no será de ninguna. La idea que se me ha ocurrido es la mejor. (Se acerca a Amado sentándose en la silla de al lado y siempre mirando a todos lados, desenvuelve el paquete y sacando de él un muslo de pollo se lo da a Amado.) Toma; come.

Amado (Coge el muslo y más que comerlo figura que lo devora y al mismo tiempo dice aparte. Tirándole un bocado.) Riquísimo. (Tirándole otro.) Tiernísimo. (Idem.) Poquísimo.

Lucía (Con alegría salvaje.) Así, así. ¡Esto te da la muerte!

Amado (Aparte.) Esto me da la vida.

Lucía (Dándole un pedazo de pan y jamón.) Toma, pan... jamón...

Amado (Cogiéndolo y aparte.) ¡Mi madre, qué festín! ¿Pero esta es la estanquera de Mataclara o Baltasar el de Babilonia?

Lucía (Al público.) Yo creo que con lo que se está atracando no dura media hora; pero por si

acaso... (Saca un puro de esos de porra y se lo da.) Toma, de la Tabacalera.

Amado (Cogiéndolo.) ¡Porra!

Lucía Esto ya es la puntilla.

Amado (Siempre.) ¿Me traerá también café y copa?

Lucía Y ahora quitaré todo esto de en medio. (Coge los papeles, el hueso del muslo y figura que va a tirarlos por la puerta segunda de la izquierda.)

Amado (Encendiendo el puro.) Siempre he creído yo que esta Lucía era una fiera, pero con un corazón de oro, y me lo acaba de demostrar. Hace tres días estaba dispuesta a matarme y, sin embargo, ahora.. ahora... (Poco a poco va cambiando el gesto alegre y satisfecho por uno de duda y de terror.) Ahora que caigo... ¿no habrá envenenado el pollo y el jamón?... Sí, sí es capaz, ya lo creo. Por eso se reflejaba en su cara esa satisfacción cuando me veía comer; no me cabe duda, está envenenado el pollo y ha envenenado el jamón y el puro no lo ha envenenado porque ya de por sí solo es bastante... ¡Ay, qué sudores me dan!

Lucía (Volviendo.) Ya lo he tirado todo a la calle.

Amado No sé si será la preocupación, pero me parece que me corre una cosa por aquí. (Indicando el vientre.) Sí, sí, corre y debe ser el pollo el que corre. ¡Dios mío, ahora que iba a ser feliz!

Lucía (Avanzando.) Parece que se pone malo. Cuando yo decía que era cuestión de media hora.

(Por la puerta de la primera izquierda, sale INÉS y TEOBALDO.)

Inés (A Teobaldo.) No lo dude usted, Larrubia es una eminencia y acertará, estoy segura.

Teobaldo Manolo, aunque joven, no es ninguna tontería tampoco.

Inés Demasiado listo; pero Larrubia conoce el temperamento de mi marido. Desde que nos casamos es el médico de cabecera... (Dirigiéndose a Amado.) Vamos, que ya está ahí nuestro doctor.

Lucía (Aparte.) Sí, sí; lo que es por muchos médicos que vengan...

Inés Agárrate a mí. (A Teobaldo.) Está debilísimo.

Teobaldo Y qué le vamos a hacer. El que le diera de comer le daba un veneno.

Amado (Aparte.) Y me lo han dado.

Inés (A Teobaldo) ¿Usted no viene?

Teobaldo No. A mí esas cosas, la verdad, no me agradan. Ya están su padre y mi hermana...

Inés (Bajo a Amado al hacer mutis por la primera izquierda.) No te quejarás del médico; ha llegado a tiempo.

Amado (Idem.) A tiempo de embalsamarme.

(Al quedarse solos Teobaldo y Lucía, ésta se dirige a la segunda izquierda como si se marchase a la calle.)

Teobaldo ¿Se va usted?

Lucía Sí, tengo mucho que hacer.

Teobaldo ¿Y no espera conocer el resultado de la consulta?

Lucía ¿Para qué?

Teobaldo Después de todo tiene usted razón; que se salve o no se salve, ni usted ni mi hermana pueden esperar nada de él.

Lucía Es que yo creo que no se salva.

Teobaldo (Con misterio.) ¿Ah, usted cree?...

Lucía Que se muere, y bien muerto está.

Teobaldo (Mirando a todos lados y acercándose a Lucía con cierto aire conquistador.) Entonces... si tiene usted esa creencia, puedo esperar...

Lucía ¿Esperar qué?...

Teobaldo Acuérdese de lo que le tengo ofrecido cuando lo del cantar. Si una puerta se cierra, siempre hay una portalada dispuesta a abrirse para usted de par en par. Y como me contestó que fuese preparando la llave...

Lucía ¿Pero de veras está usted por mí?

Teobaldo (Acercándose más.) Estoy por usted, que si no me oyeran mis antepasados, no eran burradas las que le decía.

Lucía Y si yo no fuera por lo que es, las oiría con mucho gusto, pero no puedo Teobaldo, no puedo, y bien sabe Dios que lo siento.

Teobaldo Por lo visto ese hombre lo lleva usted grabado en el pecho.

Lucía (Asombrada.) ¿Eh? ¿Cómo?

Teobaldo Sí, séame usted franca; usted, a pesar del plan que se impuso, a pesar de que Mercado ha resultado Zorrilla y Zorrilla ha resultado un sinvergüenza, usted le quiere, no puede olvidarlo, ¿verdad? Vamos, no le dé vergüenza confesarlo, ábrame su pecho.

Lucía (Nerviosa.) ¿Mi pecho? Nunca.

Teobaldo ¿Eh?

Lucía Ese canalla me ha condenado a perpetua soltería; porque, sépalo usted, yo no puedo, dignamente, ir a la iglesia con ningún hombre.

Teobaldo ¿Que no?

Lucía No; yo podré casarme con uno que tenga cataratas y que me jure que no se las operan.

Teobaldo ¿Pero qué dice usted?

Lucía Lo que oye; y como no quiero que mi negativa la tome en otro sentido, escúcheme, Teobaldo. (Mirando a todos lados y bajando la voz.) Yo no puedo ser la esposa de otro hombre, porque el que fuese, tendría siempre presente la visión de ese sinvergüenza.

Teobaldo ¿Siempre?

Lucía Siempre. Sí, Teobaldo; a poco de conocernos.. estando en Cartagena, un día, para afianzar mi cariño, se le ocurrió que un marinero, amigo suyo, me tatuase aquí, sobre el corazón, estas palabras: «Soy de Rosendo Mercado»; y aquí están para toda la vida, y figúrese qué gusto le daría al hombre que se casase conmigo encontrarse un anuncito así, en primera plana.

Teobaldo (Con tranquilidad.) Eso no tiene importancia.

Lucía ¿Que no?

Teobaldo No.

Lucía ¿Usted no sabe que ésto es imborrable?

Teobaldo Precisamente por eso. Yo me caso con usted, nos vamos a pasar la luna de miel a Cartagena, busco otro que tatúe, donde dice: «Soy de Rosendo Mercado», se añade: «y por defunción de éste, de Teobaldo

Camino». ¡Un poco largo; pero, (Fijándose en ella.) como sobra sitio!

(Por la puerta de la primera izquierda, salen GONZALO y ANA.)

Ana (A Teobaldo.) ¿Por qué no has estado presente?

Teobaldo Ya sabes que esas cosas no me agradan.

Ana Sí, pero dada mi sensibilidad... gracias aquí, a Gonzalo, que no se ha apartado un momento de mi lado...

Gonzalo (Aparte.) Y lo que yo quisiera es no apartarme nunca.

Lucía Se acabó ya, por lo visto.

Gonzalo Ha sido rapidísimo.

Teobaldo ¿Y qué?

Gonzalo El doctor Larrubia ha opinado, que mi yerno debe salir inmediatamente para el Sanatorio de las Palomas, en Suiza, donde le someterán a un tratamiento especial, que ya lleva fijado, y nada más... Mi hija, cumpliendo con su deber de esposa, y Cortina, con el de amigo íntimo, le acompañarán; vistiéndolo están, porque Larrubia se ha brindado a llevarlo a Madrid en su automóvil...

Lucía (Con rabia.) ¿Pero no se muere?

Ana Si sigue aquí, sí; porque Larrubia ha opinado que debíamos haberle dado de comer.

Lucía (Indignada con ella.) Entonces, yo le he hecho un favor. ¡Y pa ésto he matao yo un pollo!

Teobaldo Bueno, pero Manolo habrá sostenido...

(MANOLO, saliendo, y como si hubiese oído las últimas palabras.)

Manolo Manolo no ha sostenido nada, porque Larrubia tiene razón en todo.

Todos ¿Cómo?

Manolo Sí, señores; yo, vergüenza me da confesarlo, he abusado de mi sagrado sacerdocio por el placer de la venganza; pero este Zorrilla es más vivo de lo que nos figuramos.

Teobaldo De modo, que usted cree...

Manolo Que Larrubia venía ya con perfecto conocimiento de todo y dispuesto a salvarle.

Lucía ¿Entonces, la pérdida del habla?

Manolo Una farsa.

Ana Y la tontez.

Manolo Una tontería.

Lucía Se ha burlado otra vez de mí.

Ana Y de mí

Manolo Y de todos. Y se va triunfante a Suiza, no porque le haga falta, sino porque pone tierra por medio a nuestra venganza; y de Suiza se irá a otra parte, y a otra, a pasear su dinero y su felicidad, mientras nosotros nos quedamos aquí; ustedes (Por Ana y Lucía.) volviendo a añorar su recuerdo, y yo, esperando que la Providencia me lo ponga otra vez en mi camino.

Lucía (Decidida y furiosa.) Pues no se va; a ese...

Teobaldo (Sujetándola.) Si yo la vengase a usted de tal forma que su amor propio quedase satisfecho, ¿me permitiría ampliar el tatuaje?

Lucía (Con coraje.) Sí, vérgueme, y a Cartagena.

Gonzalo (A Ana.) Si yo nublase la alegría de ese hombre, ¿me podría mirar en el sol de sus ojos?

Ana (Decidida.) Sí, núblesela, y aquí tiene el sol.

Teobaldo Pues disimulen y confíen en nosotros.

Gonzalo Unidos por la venganza. (Tendiéndole la mano.)

Teobaldo (Estrechándola.) Unidos.

Gonzalo Hoy, Zorrilla, sólo tiene una ilusión: su mujer.

Teobaldo Pues a procurar que Inés lo desprecie; que lo odie.

Gonzalo Que se separen para siempre.

Ana
Lucía (Con alegría.) Sí, sí.

Manolo Cuidado, que vienen.

(Por la primera izquierda sale INÉS, le sigue ya vestido con el traje que sacó en el primer acto AMADO, al que sujetan de los brazos CALAMINA y PEDROTE. Calamina saca un maletín de mano.)

Calamina (A Inés.) ¿Es ésto lo que tengo que dejar en el automóvil?

Inés Sí; y dile al doctor, que en seguida salimos. (A Gonzalo)) Tú te vas en la moto con Cortina, para no ir apretados; porque, como éste va tan delicado ..

Pedrote ¿Delicado? Que me paece a mí, que por sus pies no llega al automóvil

Gonzalo Pues, por mí, no preocuparse.

Inés (Avanzando.) Y muchas gracias por la hospitalidad, y... nada más; ustedes comprenderán que de lo otro, dignamente, no puedo, ni debo hablar.

Teobaldo ¡Claro!

Inés (A Amado.) Vamos. (Al intentar andar, Amado exagera la debilidad.)

Calamina ¡Se nos va a caer!

Pedrote Lo mejor es cogerlo en brazos.

Calamina Pues arrea. (Le cogen en alto y se lo sientan sobre los hombros, como a los toreros. Mientras esta operación, dicen por lo bajo, y aparte.)

Ana ¡Farsante!

Gonzalo ¡Hipócrita!

Lucía ¡Granuja!

Teobaldo ¡Sinvergüenza!

Inés (Señalando a la segunda izquierda.) ¿Por aquí se sale también, verdad?

Teobaldo Sí; ese pasillo da a la puerta grande de la carretera.

Inés Vamos.

Lucía Y siento que no hayas quedao bien.

Amado (Al tiempo que se lo llevan en hombros.) Yo, no habré quedao bien, pero salgo en hombros y por la puerta grande. (Agita la mano, en señal de despedida, al mismo tiempo que va cayendo el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Decoración.—Hall, en un elegante hotel-sanatorio de Suiza.—Ancha terraza con balaustrada al fondo por la que se ve el nevado panorama de los Alpes. Escalinata para descendar a escena. En la lateral izquierda del espectador y en primer término, ancha puerta encristalada, que es la entrada al hall. Dos puertas en la lateral derecha y entre ellas, un «bureau» con teléfono. Casi en el centro de la escena y también a la derecha, un canapé. A la izquierda, un veladorcito con periódicos y revistas; dos mecedoras y el resto del mobiliario lujoso y adecuado al lugar de acción.

—

(Al levantarse el telón está amaneciendo. AMADO, vestido, aparece echado sobre el canapé y durmiendo. Por la puerta de la derecha sale GONZALO andando casi de puntillas se acerca al canapé y al convencerse de que Amado duerme, se dirige a la puerta de la izquierda, hace un momento mutis y vuelve a aparecer seguido de TEOBALDO, que llevará en la cabeza una gorra-casquete de lana de los alpinistas y gafas verdes con anteojeras. Le sigue MARGARITA, mujer de unos treinta años, vestida a estilo de los campesinos del Tirol, que saca un niño de unos cuatro o cinco meses en los brazos.)

Teobaldo (Subiéndose las gafas.) ¿De manera que hemos llegado oportunamente?

Gonzalo En el momento más propicio. Mi hija pasea por el parque desesperada, y en cuanto a él, mírelo. (Señalando a Amado.)

Teobaldo (Intentando bajarse las gafas.) Oiga usted, no habrá miedo de que...

Gonzalo No, nada. Está hecho cisco; lleva tres noches sin dormir; tres noches que Inés le ha cerrado la puerta de su habitación, que lo ha tirado materialmente al pasillo.

Teobaldo ¿De modo que lo de los retratos?...

Gonzalo Lo de lo retratos y todo, todo está surtiendo los efectos que deseábamos. No vive, no sosiega; además, Inés está a dos dedos de separarse de él para siempre. Este último disgusto ha sido porque ayer, al caer la tarde, le sorprendió mi hija con una de las camareras ahí en la terraza. Ya comprenderá usted que es una de las que gratificamos espléndidamente para que Zorrilla la...

Teobaldo Sí, sí...

Gonzalo Y anoche convencí a otra para que también... ¿me comprende?

Teobaldo Sí, sí Bueno, pues yo, ayudado por Ana y por Lucía, he podido convencer aquí a Margarita para lo del chico.

Marg. Yo, la verdad, tenía reparo, porque si mi marido se entera... Como quiere tanto al chico...

Gonzalo ¡Total por unas horas!...

Marg. Ni por un minuto. Ahora, que como él es guía...

Gonzalo Ah, de modo es que es guía.

Marg. Y de los mejores, pregunte usted en todo el contorno por Guillermo el intrépido, y ya verá la fama que tiene... Pues, como les decía, como es guía y ha tenido un aviso para subir con unos señores a la *Yunfrau*, y siempre que sale hasta muy caída la tarde no vuelve, pues me dije ¡qué demonio! serviré a los señores ya que se me da esta circunstancia.

Teobaldo (A Gonzalo.) Se le da esa circunstancia y doscientos francos.

Gonzalo Bueno, pues venga la criatura.

Marg. (Dándoselo.) ¿Puedo estar tranquila, verdad?

Gonzalo Descuide usted, que en la gloria no le dejaría mejor.

Marg. Y que es un ángel. Acabo de darle el pecho, y como no lo despierten, ya tiene sueño para tres o cuatro horas.

Gonzalo (Mirándolo.) ¡Muy mono! Oiga, y esto que tiene aquí en la frente tan duro, que parece un lobanillo...

Marg. Ah, sí; es un antojo.

Teobaldo Caramba, ¿y qué se le antojó a usted?

Marg. Nada. Un albaricoque, pero como no era tiempo de ellos... pues le ha salido al chico.

Gonzalo (Tocándole.) Pero que le ha salido con hueso y todo.

Teobaldo ¡Ah! (Sacándose un sobre del bolsillo.) Ahí tiene usted la carta para que se la coloque al lado; para dar más sensación de verdad, le hemos puesto otro nombre de guerra; en una ocasión fué Mercado, en otra Plazuela y en ésta figura que se hizo llamar Cándido Calleja.

Gonzalo Admirable. Voy a colocarlo encima de la cama, con la carta al lado. Cuestión de segundos. (Gonzalo hace mutis con el chico por la puerta de la derecha.)

Marg. ¿De modo que todo ésto es para darle una broma a ese señor?

Teobaldo Eso es, una broma que al mismo tiempo le sirva de escarmiento.

Marg. Bueno; ¿pero a mí no me ocurrirá nada? Porque mi Guillermo es muy bruto.

Teobaldo Nada, puede usted estar tranquila. Yo mismo me encargaré de que le lleven el chico a casa.

(Vuelve a salir GONZALO.)

Gonzalo ¡Ya está!

Teobaldo Bueno, pues yo me vuelvo a la fonda, que mi hermana y Lucía están impacientes por saber noticias.

Gonzalo Pues dígales que ellas no se hubiesen vengado más refinadamente. ¡Ah!, y apropósito

de refinamientos. ¿Usted se acuerda de lo que le indiqué respecto a ese coronel tártaro que se encuentra aquí con tres sobrinitas?...

Teobaldo Sí, Ivan no sé qué.

Gonzalo Ivan Porgüisky. Bueno, pues a estas horas ya le habrán dicho que Zorrilla le está poniendo los puntos a una de las tártaras; a la más pequeñita. Excuso decirle: el tal coronel es una hiena que los mismos bolcheviques han expulsado de su país por sanguinario.

Teobaldo Muy bien, muy bien; pues hasta luego. ¿Irá usted como siempre, después de comer? (Haciendo mutis.)

Gonzalo Desde luego; a menos que algo extraordinario no me retenga...

Teobaldo ¡Ojalá!...

Marga. Quede usted con Dios.

Gonzalo Adiós, adiós.

(Margarita y Teobaldo hacen mutis por la izquierda. Apenas han desaparecido, por la derecha de la terraza sale MAGDALENA, camarera del hotel, joven y guapa, y avanza al proscenio.)

Mag. Buenos días.

Gonzalo Hola, Magdalena. (Con misterio.) ¿Qué? ¿Decidida?

Mag. Decidida.

Gonzalo (Señalándole a Amado.) Pues ahí lo tienes, y ya sabes, si te portas bien, sobre lo ofrecido tendrás una gratificación.

Mag. Se hará lo que se pueda.

Gonzalo ¿La señorita está en el parque, verdad?

Mag. Me parece que iba hacia el estanque grande

Gonzalo Voy a alcanzarla, y ya sabes, sobre lo ofrecido una gratificación. (Medio mutis.) ¡Ah! y de reserva, no tengo nada que decirte.

Mag. Vaya usted tranquilo. (Gonzalo hace mutis por la derecha de la terraza. Magdalena saca del bolsillo del delantal un estuche con espejo y barra para los labios, se los pinta, se mira al espejo, se arregla las patillas, y una vez arreglada, vuelve a guardarse el estuche y se acerca al canapé. Llamando.) Señor...

señor... (Viendo que no contesta.) ¡Pobre hombre! Está que ni anestesiao... (Moviéndole.) Don Amado.

Amado (Despertando.) ¡Eh! ¿Quién?

Mag. Soy yo, señorito; Magdalena.

Amado (Como entre sueños.) ¿Magdalena? ¡Ah, sí! La camarista española... porque tú, según creo, eres española.

Mag. Española: me vine aquí detrás de mi novio que es de esta tierra.

Amado ¡Qué raro! Una Magdalena detrás de un suizo.

Mag. ¡Y qué quiere usted! Los hombres están hoy tan escasos, que si no aprovecha una la ocasión... así y todo, para el pago que me ha dao; me prometió que en cuanto se estableciera en su oficio de relojero se casaría conmigo...

Amado ¿Y qué?

Mag. Que abrió la relojería y se casó con otra.

Amado Una mala hora cualquier relojero la tiene.

Mag. Y usted, es que por lo visto, le ha tomao cariño a este canapé.

Amado ¿Que yo le he tomado cariño?... Lo que yo debía tomar era el camino de esos picos y dejarme caer desde el más alto. ¡Estoy loco, Magdalena! Lo que me pasa a mí no le pasa a nadie. Vine a Suiza a reconquistar a mi mujer, a ser feliz, a pasar una segunda luna de miel y no sé cómo diablos se enredan las cosas para..

Mag Vamos, no se excite usted.

Amado (Más excitado.) No, no; así no es posible la vida, si esto no varía me subo a un pico de esos e hinco el pico.

Mag. (Con coquetería.) ¿Matarse? Matarse usted tan bueno, tan... simpático, tan... interesante... porque no sé qué es lo que tiene usted que se le mira y despierta un interés...

Amado El cincuenta por ciento de las mujeres que he conocido me han dicho lo que tú, que soy interesante.

Mag. (Insinuándose más.) Interesante y atrayente... (Suspirando.) ¡Ay!

Amado ¿Qué te pasa?

Mag. Si usted viera qué pena me da verle dormir ahí..

Amado ¡Como que ésto clama al cielo!

Mag Otra noche que le ocurra, si usted quiere, puedo prepararle una habitación: en el piso alto hay dos desocupadas. (Acercándose más a él.) Una mira al Norte y la otra mira...

Amado Mira, no te acerques mucho, no vaya a hacer el diablo que asome mi mujer, y lo concluíamos de arreglar; tenía canapé para una semana.

Mag. ¿Me tiene usted miedo?

Amado Miedo no: ahora que como todo se vuelve en contra mía. La otra tarde no sé cómo me hice un arañazo aquí (Alargándole la mano.) éste que ves; bueno, pues no puedes darte una idea del disgusto que tuve; ya ves que no tiene importancia...

Mag. (Cogiéndole la mano.) ¡Pero si casi no se conoce!

Amado Nada.

Mag. ¡Qué sortija tan bonita! Estas que aparecen enlazadas son dos iniciales, ¿verdad?

Amado Una A y una I. Amado e Inés, y dentro tiene una fecha.

Mag. (Sacándole la sortija.) Nueve, nueve, diez y ocho...

Amado Justo: la fecha de nuestro casamiento, 9 de septiembre de 1918.

Mag. (Probándosela en el dedo del corazón.) Qué dedos tan finos tiene usted para ser hombre; fíjese, me está a mí bien, un poco apretada, pero de la mano de una mujer a la de un hombre... Y no es que yo tenga los dedos gruesos, ¿verdad?

Amado ¡Qué has de tenerlos! Si tienes una mano que se va de la mano.

Mag. Y este hoyito aquí entre el pulgar y el índice, ¿verdad que resulta muy caprichoso?

Amado (Enterneciéndose.) Un hoyo para enterrar unos labios.

Mag. (Con coquetería.) ¿Unos labios?... No caben.

Amado Ya se apretarán ellos... (Reponiéndose.) Bueno, pero... Anda, dame la sortija y vete, vete;

porque sin querer despierta en mí el Zorrilla de otros tiempos, y como despierte me va a costar dormir aquí toda la temporada... Anda, dámela. (Magdalena hace esfuerzos por sacarse la sortija.) ¿Qué te pasa?

Mag. Que no sale.

Amado (Empezando a aterrarse.) ¡Es lo que me faltaba, que me viese Inés sin la sortija. Tira.

Mag. (Figurando que tira.) Ya tiro, pero... ¡nada, imposible!

Amado (Aterrado.) Magdalena, por tu madre, que me cuesta la separación.

Mag. (Figurando que tira.) Y qué quiere usted que yo le haga, si no puede ser.

Amado (Aterrado.) ¡Cómo que no! ¡Trae! (Cogiéndole la mano.)

Mag. Por Dios, tenga usted cuidado, que... ¡Ay, que me arranca usted el dedo!

(En este momento aparece por la derecha de la terraza INÉS, seguida de GONZALO, y al ver la lucha de Amado y Magdalena, se detiene un momento para avanzar cuando el diálogo lo indica.)

Amado (Ya desesperado.) ¡Y te arranco el alma! ¡y la vida! ¡y el corazón!

Mag. (Forcejeando con él.) No, eso no.

Amado Eso sí.

Mag. ¡No!

Amado ¡Sí!

Mag. Que no puede ser.

Amado ¿Que no? Tú déjame a mí...

Inés (Avanzando.) Sí, déjalo, déjalo a ver dónde llega la osadía de este sátiro.

Amado ¡Ah! ¿Pero es que tú crees?...

Inés No tengo que creerme nada. Ayer con una, hoy con otra.

Mag. Yo le juro a usted, señorita...

Inés Tú no tienes que jurarme nada; conozco de sobra a mi marido.

Gonzalo Además, ya hemos oído cómo rechazabas su asedio.

Amado Pero si es que ésta...

Gonzalo (Sin dejarle acabar.) Esta lo que tiene que ha-

cer es irse ahora mismo. No faltaba más sino que encima presenciase reyertas que deben tener un carácter íntimo. Vete, vete en seguida.

Mag. Como manden los señores.

(Magdalena hace mutis por la primera izquierda y al pasar junto a Gonzalo éste le dice por lo bajo.)

Gonzalo ¡Muy requetebién!

Mag. (También bajo y dándole rápidamente la sortija.) Tome usted.

(Gonzalo la coge y sin que le vean se la guarda.)

Inés Bueno, papá, tú comprenderás que después de ésto, mi resolución es irrevocable.

Gonzalo Lo comprendo y lo lamento.

Amado Pero, mujer, si yo te juro que ha sido una coincidencia; es que al despertarme se fijó en...

Inés (Sin dejarle acabar.) No me dés excusas; porque, excusándote, me pareces aún más bajo; ni siquiera tienes la gallardía de sostener tu conducta. ¿Es así como cumples el juramento que me hiciste en Mataclara? ¿Es así como cumples tus promesas del tren? ¡Inés, me decías, verás qué cariñoso voy a estar contigo; te va a parecer que estoy todavía en la luna!... ¡En la luna!

Amado (Aparte.) ¡Allí quisiera estar yo!

Inés No te bastaba avergonzarme con tu pasado, sino que haces todo lo posible por avergonzarme con tu presente.

Amado (Desesperado.) Pero si yo no hago nada; si es la fatalidad...

Inés Si llamas fatalidad a la poca vergüenza, conforme.

Amado Inés, por lo que más quieras...

Inés Basta; voy a mi cuarto a prepararlo todo para marcharme en seguida, pero para marcharme con mi padre, y en cuanto a ti, me haré cuenta que el día del accidente en Mataclara te dejaste la cabeza en el guardacantón.

Amado (Siguiéndola.) Inés, te juro que soy ino...

Inés No me digas .. Me crispa tu voz, me horripila tu cara, me molesta hasta tu sombra,

¿lo oyes? hasta tu sombra. (Mutis por primera derecha.)

Amado (Desesperado.) ¡Tendré mala sombra!...

Gonzalo (Aparte.) ¡Si pudiese ver Ana ésto!

Amado (Suplicante.) Don Gonzalo, usted es un hombre...

Gonzalo A mí no me meta usted en líos; demasiado hago que me contento con ser mero espectador. Otro en mi lugar...

Amado Pero, si es que yo le aseguro que soy inocente; si esto de la Magdalena era todo lo contrario de lo que ustedes se han figurado. Fué que al despertarme se fijó en la sortija, y...

Gonzalo (Sin dejarle acabar.) Eso para el Cuento semanal está bien, pero a mí... yo ya me sé de memoria todas esas excusas.

Amado Que no es excusa, que es el Evangelio. ¿Por qué se lo juraría?... ¿Usted sabe lo que yo he deseado tener un hijo? Pues bien, si yo tuviera un hijo...

(En este momento vuelve a salir INES, con el chico en brazos y la carta en la mano.)

Inés Ahí tienes un hijo.

Amado ¡¡Eh!!

Inés Un hijo tuyo.

Amado (Sin quererlo coger.) ¿Que este rorro?... ¡Ay, que esto que me pasa a mí es muy rarro, digo rorro, digo!...

Inés No finjas más y lee. (Le da la carta.)

Amado (Leyendo.) Zorrilla: Hoy hace quince meses que arribaste a Palma, y quince menos diez días que arribaste a mi corazón con el nombre de Cándido Calleja.

Inés Tu martingala de siempre.

Amado ¡Que no! ¡Que ésto no es verdad! ¡Que ésto de Calleja, es un cuento!

Gonzalo Siga, siga.

Amado (Leyendo.) ¿Te acuerdas? Me miraste, me hablaste, me piropeastes y me cegastes. Me ofreciste sacarme de esta tierra, hacerme tu favorita, y yo te creí; fuí débil, caí en tus

brazos, y cuando días después viniste a decirme con lágrimas en los ojos que tenías necesidad de partir para América, no tuve valor para decirte que yo, ya no era yo, que era yo y eras tú; que tú estabas en mí, y yo estaba en ti, y como yo ya no era yo, yo... Yo me estoy haciendo un lío.

Gonzalo Pues está bien claro; que la aventura dió por resultado eso que ves ahí.

Inés Y que en vista de que no le has cumplido lo de hacerla tu favorita, te lo manda para que lo mantengas .. Conque, ahí lo tienes (Dandoselo.)

Amado ¡Pero si esto no es posible!

Inés ¿Negarás también que hace quince meses fuistes a Palma de Mallorca?...

Amado A un asunto de un hermano mío...

Gonzalo Eso nos dijistes y eso nos creímos.

Amado Y eso fué; y vaya, que yo ya no puedo más.

Inés La que no puede más soy yo Esta tarde salgo para España, y en cuanto llegue pediré la separación. Ven conmigo, papá.

Gonzalo Sí, sí; vamos.

Amado ¿Pero qué hago yo con ésto?...

Inés Cumplir con su obligación.

Gonzalo Darle una carrera. (Mutis por la primera derecha).

Amado Pero una carrera que no paro hasta la Inclusa... Porque ésto no es mío, ¡qué va a ser! si cuando estuve en Palma no tuve galanteos con ninguna mallorquina, y aunque los hubiese tenido, cómo iba yo a hacer de la mallorquina la favorita, si tenia mi mujercita que me estaba esperando. ¡Mi mujercita que va a pedir la separación! ¡Se me va a caer el mundo encima! Y esta criatura se me va a caer también. (Sentándose en el canapé.) Por supuesto, que ésto obedece a algo, son muchas casualidades... ¡Ah, pero yo voy a enterarme, claro que voy a enterarme!

(Por la primera derecha entra GUILLERMO, de unos cuarenta y cinco años. Viste como los guías alpinistas; saca a la cintura la cuerda, el morral a la espalda y la pértiga en la mano. Viene con él Magdalena.)

Guiller. Sí, sí; al coronel ese tártaro.

Mag. ¿A Iván Porgüisky?

Guiller. A ese; me ajustó ayer para una excursión. De modo que le dices que está aquí Guillermo el intrépido.

Mag. (Cruzando y haciendo mutis por la primera derecha.) Está bien.

Amado (Que habrá estado leyendo la carta.) ¡Que me entero! ¡Vaya si me entero! (Figurando que lee la firma de la carta.) ¿Margarita? ¿Quién podrá ser? (Vuelve la cara y se fija en Guillermo.)

Guiller. Buenos días.

Amado Muy buenos. (Aparte.) Hombre, un guía; éste debe conocer a casi todos los de aquí.

Guiller. (En tono bonachón.) ¿Se goza de las delicias de la paternidad?

Amado Se goza.

Guiller. Es que al lado de un hijo parece que se vive mejor, ¿verdad?

Amado Se vive.

Guiller. Yo soy de esos como usted; cuando estoy en casa, siempre tengo al hijo en los brazos...

Amado (Decidiéndose.) Oiga usted, guía.

Guiller. Guillermo, para servir a usted.

Amado Pues oiga usted, Guillermo, ¿usted conocerá si no a todas, por lo menos a la mayor parte de las personas de aquí?...

Guiller. A casi todas, sí, señor...

Amado ¿Y existe una tal Margarita que es de Palma de Mallorca?

Guiller. Y tanto que existe, digo, hasta hace una hora existía.

Amado (Alarmado.) ¡Entonces es que!... Pero si yo estoy seguro que en Palma no tuve ningún trapicheo...

Guiller. A ver, a ver de lo que se trata; explíquese.

Amado Sí, hombre; a ver si usted me puede dar un hilo... Se trata de que esa Margarita me ha escrito esta carta recordándome los amores que tuvimos cuando yo estuve en Palma.

Guiller. Margarita...

Amado Y no es eso sólo, sino, que según ella, fruto de aquellos amores, ha venido al mundo este suizín y me lo manda para que lo mantenga.

Guiller. (Fijándose en el niño) ¡Eh! ¡Pero si este niño!... (Fijándose más.) Sí, sí, pronto, ¿cómo ha venido este niño a poder de usted? ¿Quién se lo ha traído? ¿Cuándo? ¿Cómo?...

Amado Hace poco apareció en mi cuarto; por lo visto al entrarme el chocolate, me lo entraron con este suizo.

Guiller. Es que ese niño es mío.

Amado ¿De usted?

Guiller. Y Margarita es mi mujer.

Amado (Huyendo a la derecha.) ¡Reprecipicio!.. Señor Guillermo, que yo le juro a usted...

Guiller. (Tranquilo) No, si no tiene usted que jurarme nada: si Margarita hace diez años que salió de su tierra y no ha vuelto a ella desde que nos casamos.

Amado (Más confiado.) ¿Y cómo se explica usted esta carta?...

Guiller. ¡Pero si Margarita no sabe escribir!...

Amado Entonces ésto...

Guiller. Esto lo aclaro yo ahora mismo, porque aquí lo único que hay de verdad, es que el chico es mío, y el chico está aquí, y para estar aquí, se lo ha tenido que dar mi mujer, o se lo han quitado, y si lo ha dao, por haberlo dao, y si se lo han quitao, por descuidá, ¿ve usted esta pértiga? pues, en casa tengo otras tres de repuesto, y lo que tarde en llegar, es lo que tardo en quedarme sin ninguna, se las rompo en las costillas.

Amado ¡Caramba, don Guillermo, entérese usted primero!...

Guiller. Primero le doy y después me entero.

Mag. (Saliendo por la derecha, le dice a Guillermo.) El coronel, que los dispenses, que no puede hacer la excursión porque tiene que matar aquí esta tarde a un señor.

Guiller. Me alegro; él tiene que matar a uno, y yo que lisiar a una. (A Amado.) Verá usted qué pronto lo aclaro.

Amado Bueno, ¿pero el suizín?...

Guiller. En seguida vengo por él, cuestión de minutos... (Hace mutis por la izquierda.)

Amado Oye, Magdalena.

Mag. A mí no me hable usted, que no quiero más disgustos, y sepa usted, que la sortija salió y que la tiene don Gonzalo, y nada más.

Amado Un momento, ¿quieres hacerme el favor de echar este angelito ahí, en cualquier cama, hasta que vuelva su padre o lo pida desde la cárcel.

Mag. ¡Pero qué líos se trae usted!

Amado ¡Muchos! Pero ya, gracias a Dios, se van aclarando. Anda, toma. (Magdalena coge al chico y hace mutis con él por la derecha.)

(Amado, se sienta fatigado en el canapé; por la izquierda entra CORTINA.)

Cortina (Entrando.) ¿Me habrás echado de menos, verdad?

Amado ¡Cortina! Gracias a Dios, pero dónde te metes? Tres días sin verte.

Cortina Ya lo puedes suponer, me cogieron esos rusos, después unos griegos... esto de conocer casi todos los idiomas, para mí, no ha tenido más que desventajas. Bueno, ¿y tú, qué?

Amado Yo, Cortina de mi alma...

(En este momento entra por la derecha IVÁN, viste pantalón bombacho hasta la rodilla, leguis cazadora cuadrada con cinturón, y en la cabeza un gorro de astrakán; el actor se compondrá una cara antipática y dura.)

Iván (Llegando hasta ellos.) ¿Jer Sorrirla?

Amado ¿Eh? ¿Qué quiere este tío?

Cortina Por lo visto, hablarte a ti.

Amado ¿A mí?

Cortina Sí, ha dicho, señor Zorrilla.

Amado Pues, se va a lucir, porque él no habla una palabra de español, y a mí la lengua tártara me hace daño.

Iván ¿Jer Sorrirla?

Amado (A Cortina.) Contéstale tú, puesto que lo entiendes.

Cortina Chio prikayete.

Iván Khatitie niet batinok paidote durojé pajousta.

Cortina (A Amado.) El señor dice, que le han dicho, que andas detrás de una de las tártaras que le acompañan, de la más pequeña.

Amado ¿Quién? Yo con una tártara, dile que sueña.

Cortina Jer niet vierno.

Iván Dá caniesgo plemian nisa, tartariska.

Cortina (A Amado.) El señor insiste en que te han visto ayer con una tarterita.

Amado Dile que me han confundido con un albañil.

Iván (Furioso.) Ya yoponusk tirpiené maio, oprio Ki, kau, kau, kau.

Amado Dile que no ladre más, hombre.

Cortina Sí, sí, ladrar, dice que viene dispuesto a pegarte un tiro y dejarte seco.

Amado ¡Agua!

Iván (Decidido y furioso.) Nan onié davoino Komarof vi naidioté, sade. (Haciendo mutis al foro.) Das vidania.

Amado ¿Se ha convencido?

Cortina ¡Sí, convencerse! Dice que te espera en el parque para matarte o que lo mates, y que si a los cinco minutos no has ido, entrará y te matará como a un perro.

Amado (Asustado.) Oye, ¿has traducido bien?

Cortina Literal.

Amado ¿Pero si no es posible?

Cortina Tú verás, si a los cinco minutos no has acudido, entra y te llena la cabeza de plomo; no te quepa duda, no te queda otro recurso que batirte con él.

Amado Pero si yo a cinco pasos no le doy a una pirámide, además, que eso traería consigo el escándalo, se enteraría Inés que me batía por una tártara, y entonces sí que no había esperanza. Cortina, por tu madre, sálvame, convence a ese hijo de la estepa que yo no he mirado a sus sobrinas.

Cortina Te digo que es inútil.

Amado Se me ocurre una idea. Mira, según se murmura en el hotel, este tío, como ha salido huído de su tierra, está muy medianamente de dinero.

Cortina Pero si han dicho que trajo una maleta con seis kilos de billetes.

Amado Sí, pero de esos que en los tupis de Madrid te regalan con una taza de café cinco o seis; el otro día mandó cambiar medio kilo y le trajeron seis perras gordas.

Cortina ¿Y tú crees?...

Amado Que si no le convencen las razones, las pesetas le convencerán seguramente; anda, Cortina, arréglamelo, por lo que más quieras, que se pasan los minutos, y si vuelve...

Cortina Bueno, voy. (Medio mutis.) Oye, ¿qué te parece que le ofrezca?

Amado Una cosa prudencial, no vayas a correrte...

Cortina ¿Diez mil pesetas?

Amado ¡Hombre, diez mil!

Cortina Bueno, yo lo tantearé y según se me ponga...

Amado Sí, pero que no sean tus esplendideces, ¿eh? No te corras, Cortina.

Cortina (Haciendo mutis por el foro.) Descuida, hombre, descuida.

Amado Si no le convence y se empeña en que nos matemos... Ahora, que para matarme a mí, tiene que comprarse un Rol, porque yo, si no se arregla, salgo a cincuenta por hora. Voy a ver oculto desde allí, qué aspecto toma la entrevista. (Se va hacia la terraza y hace mutis por la izquierda.)

(Por la puerta de la izquierda sale MAGDALENA, seguida de TEOBALDO, que vestirá traje de alpinista, con casquete y gafas, y la pértiga, y de LUCIA y ANA, que vestirán también igual, o sea, casquete de lana, blanco, que cubre toda la cabeza y llega hasta el cuello; jersey de lana, blanco, ancho, y sujeto al talle por un cinturón de cuero, del que pende una cuerda enrollada. El cuello del jersey, alto y ancho, cubre la barbilla, rodeándosele como una bufanda; falda plisada, también de lana, y zapatos de cuero, de color; guantes de manopla. Llevan también gafas verdes con anteojeras, de forma que entre el cuello del jersey y las gafas, apenas se les ve la cara)

Teobaldo (A Magdalena.) Le dice usted, que son unos excursionistas, amigos suyos.

Mag. ¿A la señorita también?

Teobaldo No, no, a don Gonzalo nada más, y si estuviese su yerno, el señor Zorrilla, procure usted que no se entere.

Mag. Está bien. (Cruza y hace mutis por la derecha.)

Teobaldo (A Lucía y Ana.) Tened cuidado, no quitaros las gafas, ni bajaros el cuello, porque pudiara aparecer de repente él...

Ana ¿Dices que se ha quedado que no es ni sombra de lo que era?

Teobaldo ¡Una birria! Lo ves y no lo conoces; como que está sufriendo lo indecible.

Lucía Y así reviente; de pensar que si no es por Manolo que nos descubrió la farsa, a estas horas estaba él aquí, riéndose de nosotras, y nosotras, allí, compadeciéndole. (Indignándose más.) Vamos, que es para...

Teobaldo No levante usted la voz, que puede aparecer...

Lucía Es que si aparece, lo que levanto es el báculo éste y se lo rompo en la cabeza.

(Por la derecha sale DON GONZALO.)

Gonzalo ¿Qué es éso? ¿Pasa algo?

Teobaldo No, nada, que como tardaba usted, y me dijo que de tardar era porque ocurría algo para nosotros agradable.

Gonzalo Y ha ocurrido, y muy agradable.

Ana ¿Ha enloquecido de verdad?

Gonzalo Peor.

Lucía ¿Ha reventado?

Gonzalo Ha perdido lo único que era hoy día su sueño...

Teobaldo ¿Por lo visto, Inés?

Gonzalo Le ha dicho, terminantemente, que está resuelta a separarse de él. Dentro está ordenándolo todo, porque quiere que hoy mismo salgamos para España. (A Ana y con mucha dulzura.) No tendrá usted queja, le hemos aplicado la pena del Talión; burla por burla, cariño por cariño.

Teobaldo (En igual tono a Lucía.) Idem de idem.

(Por la terraza vuelve a salir AMADO, que avanzará hasta el proscenio.)

Amado ¡Me parece que ni con dinero!
Todos (Aparte.) ¡El!
Gonzalo (Bajo a ellas.) ¡Disimulo!
Amado Está manoteando y dando unas voces, que el pobre Cortina está asustado; para mí que le pega... (Al ver a Gonzalo.) Pero cómo, ¿no se van ustedes en seguida?
Gonzalo Precisamente me estaba despidiendo de estos amigos... que van ahora a los ventisqueros; son extranjeros y no hablan ni una palabra en español, por eso no se los presento.
Amado ¿No serán tártaros?
Gonzalo Estos dos son suecos, y aquélla (Por Lucía.) es de Palermo.
Lucía (Aparte.) ¡Y lo que daría yo por demostrárselo!
Teobaldo (Bajo a Lucía.) Prudencia.
Amado ¿De modo, que no hay manera de hacerla volver de su determinación?
Gonzalo Imposible.
Amado De modo, que cuando me consideraba feliz, por haber salido de las garras de aquel imbécil de don Teobaldo.
Teobaldo (Tosiendo.) Ejem, ejem...
Amado Y de la histérica de su hermana...
Teobaldo (Tosiendo.) Ejem, Ejem.
Amado ¿Todo se vuelve contra mí?
Lucía (Aparte.) Menos mal que conmigo no se ha metido.
Amado ¿De modo que, cuando me había libertado de aquella fiera, que la Arrendataria ha colocado en Mataclara...
Lucía (Tosiendo.) Ejem, ejem.
Amado Y daba gracias a Dios por haber escapado de aquellos grullos...
Los tres (Tosiendo al mismo tiempo.) Ejem, ejem...
Amado (A Gonzalo.) ¿Y éstos van a los ventisqueros? ¿Con el catarro que tienen?

Gonzalo Estos irán donde quieran, pero usted no tiene derecho a hablar mal de personas a las que ha engañado sin piedad.

Amado Es verdad, las engañé; ¿pero, cuál es el hombre que está limpio de pecado? Ese mismo don Teobaldo, que tanto presumía de moralidad, me enteré que se subía a los árboles para sorprender a la criada como no debía sorprenderla.

Gonzalo Falso.

Amado Pues se lo oí a ella misma.

Teobaldo (Aparte.) En cuanto regrese la despido.

Amado Y usted también, acuérdese de madame Margot; la carabina que tenía su hija.

Gonzalo ¿Qué quiere usted decir?

Amado Pues que no la dejaba ni a sol ni a sombra, y rara vez era la tarde que no veían a usted, en la Dehesa de la Villa, con la carabina.

Gonzalo Pero no le dí palabra de casamiento.

Amado Porque era casada.

Teobaldo (Aparte a Gonzalo.) Corte usted la conversación, que nos están bailando las pértigas.

Gonzalo (A Amado) Está bien; puede usted seguir pensando como quiera, que ya nos veremos solos. (A los demás, indicándoles con la mano la puerta de la izquierda.) Vamos. (Al hacer mutis le pregunta a Teobaldo, en forma que lo oiga el público.) ¿Me ha traído usted las cápsulas que le pedí, cargadas de pólvora nada más?

Teobaldo Sí; ¿las quiere usted?

Gonzalo Sí; me parece que se acerca el momento en que las voy a necesitar. ¡Ya nos veremos solos! (Desaparecen por la izquierda)

Amado (En el colmo de la desesperación) ¿Qué nos veamos solos?... ¿Y qué? ¿qué me va a hacer, cuando nos veamos solos? ¿Que me va a matar? Mejor; así como así, me hace un favor, porque yo sin Inés no vivo...

(Por la terraza aparece CORTINA, con el pelo en desorden, la corbata deshecha, el cuello de la camisa desabrochado y los botones de la parte alta del chaleco, también.)

Cortina ¡Chico, qué oso siberiano!

Amado ¿Qué te ha dicho?

Cortina Decir muy poco, este tío es más de hechos que de dichos.

Amado Bueno, ¿pero acepta el dinero?

Cortina ¿El dinero? (Enseñándole el cuello.) Fíjate. Empecé ofreciéndole cuatro mil francos para ir subiendo poco a poco hasta los cinco mil; y no había llegao a los cuatro quinientos cuando me echó la zarpa al cuello y ¡no te puedes dar idea qué tenazas! ¡Cuidao que yo para ver si aflojaba no hacía más que gritarle cuatro mil seiscientos, cuatro mil seiscientos cincuenta!... Que esto me ocurre en la Puerta del Sol y creen que estoy vendiendo décimos, pero sí, sí, a los cuatro mil novecientos, tenía la lengua que se me enredaba en el nudo de la corbata.

Amado En resumen, que quiere matarme.

Cortina ¿Cómo que quiere? Que te quedan de vida seis minutos escasos, porque viene detrás; de modo que huye.

Amado ¿Que huya? (Se sienta en el canapé y se coloca en una actitud gallarda.) Aquí me tiene, que venga, que tire, que me mate.

Cortina ¿Pero te has vuelto loco?

Amado Loco sí, Cortina, yo no puedo con la vida; ese tártaro me va a hacer un favor inmenso. Tú no sabes lo que me alegro que no haya aceptado el dinero, que venga, que tire, que me mate.

Cortina (Viendo aparecer por la terraza a Iván.) Ya está aquí.

(IVAN avanza pausadamente hasta el centro de la escena.)

Amado (Rezando.) Creo en Dios Padre todopoderoso... Me hace un taco... Creo en Jesucristo... Creo en el Espíritu Santo... creo que tarda.

Iván (A Cortina.) Prodabat toch vivarain chert ticetcha.

Cortina (Asombrado.) ¡Mi madre!

Amado ¿Qué? ¿Va a disparar ya?

Cortina Dice que por ser para ti lo deja en seis mil francos.

Amado ¿Ah, pero no me mata?

Cortina Ya has oído lo que ha dicho.

Amado (Desesperado.) Pues contéstale que no le doy ni una perra gorda y que es un sinvergüenza.

Cortina Eso se lo dices tú, a mí no me echa la mano al pescuezo otra vez.

Amado Decírselo no sé, pero ahora verás. (Amado, en actitud desafiante, se acerca a Iván y le dice:) Usted para mí... (Figura que escupe con desprecio en el suelo y se vuelve hacia el canapé con aire triunfador y contoneándose, pero en ese preciso momento asoma por la puerta de la izquierda, a la que le cogen vuelto de espaldas de Iván, Amado y Cortina, el brazo de Gonzalo armado de un revólver y hace dos disparos al aire, volviendo a ocultarse; al ruido de los disparos, Amado da un respingo y cae desmayado en el canapé, Iván asustado huye por la terraza derecha y Cortina por la puerta de la derecha. Hay un momento de pausa.)

(Por la puerta de la izquierda salen GONZALO, TEOBALDO, LUCIA y ANA.)

Gonzalo ¿No se lo dije? Cree que lo ha matado el tártaro.

Teobaldo Y el tártaro va como alma que lleva el diablo.

Gonzalo Bueno, a lo nuestro antes de que se reponga. Usted, Lucía, quítese las gafas, el casquete y siéntese ahí a su derecha. Usted, Ana, haga también lo mismo y siéntese al otro lado, y usted venga conmigo ..

Teobaldo Pero es que me gustaría ver...

Gonzalo Lo veremos, no se apure usted. (Teobaldo y Gonzalo entran por la puerta de la derecha. Ana y Lucía despojadas del casquete y las gafas, etc., se han sentado al lado de Amado; éste, poco a poco va volviendo en sí, abre los ojos y mira a la derecha y se encuentra con Lucía. La cara de espanto que pone ya puede suponérsela el actor, vuelve la cara para la izquierda y se encuentra con Ana y el espanto ya no

tiene límites, se restriega los ojos, se pellizca los muslos como si creyese ser víctima de una pesadilla; a todo esto, Lucía y Ana siguen inmóviles sin pestañear en sus sitios.)

Amado (Ya loco.) Esto es que me ha matado ese tío y estoy en el Limbo, porque si no estoy en el Limbo, ¿dónde estoy?

Ana (Muy dulce echándole los brazos.) En los brazos de tu Ana.

Amado ¡Anda, Ana!

Lucía (Idem.) En el regazo de tu Lucía.

Amado ¡Anda, Lucía!

Ana ¡De aquella de la reja toledana!

Lucía ¡De aquella del muelle de Cartagena!

Amado Bueno; bueno, que yo me dé cuenta; ¿yo soy un muerto o un vivo?

Ana Eres lo que has sido siempre.

Lucía Un vivo.

Amado ¿Entonces, vosotras sois también unas vivas?

Ana Somos dos corazones traspasados por tus ojos.

Amado Bueno, no hablemos ahora del traspaso y decirme, ¿cómo estáis aquí, cuándo habéis venido y a qué?

Ana A endulzar tu soledad.

Lucía Nos hemos enterado que tu mujer te abandona para siempre, que te quedas solo...

Ana Y hemos dicho, puesto que ya no hay obstáculo, vamos y que él elija la que ha de endulzar sus últimos años.

Amado ¿Qué yo elija?...

Lucía La que quieras que te endulce la vejez.

Amado (Dudando ante el compromiso.) El caso es...

Ana No dudes, Amado...

Lucía No dudes, porque venimos dispuestas a todo; señala una, señala una, o...

Amado Pero si es que mi gusto sería señalaros a las dos...

Ana Eso es imposible.

Amado ¿Imposible? (Aparte.) Que tuviera aquí un garrote y veríamos.

Ana (Tirando de él y zarandeándole.) Elígeme a mí, Federico.

Lucía (Quitándoselo de un tirón y zarandeándole más fuerte aún.) Elígeme a mí, Rosendo.

Ana A mí, que me encanta el ondulado de tu cabello. (Le tira de los pelos.)

Lucía A mí, que me vuelve loca la suavidad de tu cara (Le da una bofetada.)

Amado A mí me están dando una paliza.

Ana Si me eliges a mí, ya sabes que soy una histérica y que tengo un hermano que es un imbécil.

Lucía Y si es por mí, ya sabes que soy una fiera que la Arrendataria ha puesto al frente del estanco.

Amado (Aparte.) ¡Mi madre! Éstas son las del catarro. (Alto.) Bueno, pero esto ¿qué significa?

(INÉS saliendo por la derecha, seguida de GONZALO, TEOBALDO y CORTINA.)

Inés Significa, que no se puede ser burlador de mujeres, sin ser alguna vez burlado.

Amado ¡Ah! ¿Pero tú sabías?...

Gonzalo Nada; hace un momento le hemos contado todo.

Amado ¿De modo que lo de las criaditas?...

Teobaldo Pagado.

Amado ¿Y el tártaro?

Gonzalo Pagado.

Amado ¡Y encima me quería sacar seis mil francos! ..

(Por la izquierda entra GUILLERMO seguido de MARGARITA.)

Guiller. (Tirando de Margarita.) Con permiso. Pasa, pasa.

Amado (Al verle.) ¡El del suizito!

Guiller. Venimos...

Amado Sí, sí; un momento. (Volviéndose a Cortina.) Oye, Cortina, ves por un suizo que hay en mi cuarto.

Cortina ¿Encima de la bandeja?

Amado Encima de la cama; es una criatura que me colgaban. (Cortina hace mutis para salir a su tiempo con el chico. A Guillermo.) ¿Se enteró usted?

Guiller. De todo; al primer estacazo que le dí me lo confesó.

Marga. (A Gonzalo, Ana y Lucía.) Ya les decía yo a ustedes que era muy bruto.

Amado Es raro, porque los suizos tienen fama de bonachones.

Guiller. Es que yo tampoco soy de aquí; vivo muchos años, pero como ser soy de Palencia.

Teobaldo ¡Ah! español.

Cortina (Sacando el chico y dándoselo a Margarita.) Ahí va el pequeñín.

Marga. (Cogiéndole.) ¡Hijo de mi alma!

Guiller. (A Margarita.) Tú verás lo que haces, como vuelvas a alquilar la criatura te mondo... eso es lo más feo que pueden hacer unos padres.

Marga. Pero si es que como me dieron doscientas pesetas.

Guiller. Pues por eso, menos de quinientas no sale de casa. Buenos días.

Todos Adiós.

(Guillermo y Margarita hacen mutis.)

Teobaldo (A Lucía.) ¿Y nosotros?...

Lucía A Cartagena...

Gonzalo Y nosotros...

Ana A Mataclara.

Gonzalo Y de Mataclara a Madrid.

Amado (A Inés.) ¿Y nosotros?

Inés Nosotros, lejos, muy lejos, a un sitio donde no vuelva a oír hablar más de las mujeres de Zorrilla. (Telón.)

FIN DEL JUGUETE CÓMICO

OBRAS DE ANTONIO PASO

La candelada, zarzuela en un acto.
El señor Pérez, ídem íd.
El niño de Jerez, ídem íd.
El gran Visir, ídem íd.
La casa de las comadres, ídem íd.
Los diablos rojos, ídem íd.
Todo está muy malo, diálogo.
Las escopetas, zarzuela en un acto.
La zíngara, ídem íd.
La marcha de Cádiz, ídem íd.
El padre Benito, ídem íd.
Sombras chinescas, revista lírica en un acto.
Los cocineros, sainete lírico en un acto.
Los rancheros, zarzuela en un acto.
Historia natural, revista lírica en un acto.
El fin de Rocambole, zarzuela en un acto.
Las figuras de cera, ídem íd.
Alta mar, juguete cómico en un acto.
Churro Bragas, parodia de «Curro Vargas».
Concurso universal, revista lírica en un acto.
Los presupuestos de Villapierde, revista política en un acto.
La alegría de la huerta, zarzuela en un acto.
El Missisipí, ídem íd.
La luna de miel, ídem id.
Las venecianas, ídem íd.
Los niños llorones, sainete lírico en un acto.
El bateo, ídem íd.
El respetable público, revista lírica en un acto.
La corría de toros, sainete lírico en un acto.
El solo de trompa, zarzuela en un acto.
El cabo López, ídem íd.
La Virgen de la Luz, ídem íd.

El pelotón de los torpes, zarzuela en un acto.
El pícaro mundo, ídem íd.
El trébol, ídem íd.
El aire, juguete cómico en un acto.
La torería, zarzuela en un acto.
Gloria pura, ídem íd.
La misa de doce, entremés lírico.
¡Hule! ídem íd.
Frou Frou, humorada lírica en un acto.
La mulata, zarzuela en tres actos.
La reina del couplet, ídem en un acto.
El ilustre Recóchez, ídem íd.
El aire, ídem íd.
El rey del valor, ídem íd.
El arte de ser bonita, humorada lírica en un acto.
La taza de te, caricatura japonesa en un acto.
Los mosqueteros, zarzuela en un acto.
La loba, ídem íd.
La hostería del laurel, ídem íd.
La marcha real, zarzuela en tres actos.
La alegre trompetería, humorada en un acto.
Tenorio feminista, parodia lírico-mujeriega.
El quinto pelao, zarzuela en tres actos.
Los ojos negros, ídem en un acto.
Mayo florido, sainete lírico en un acto.
La república del amor, humorada lírica en un acto.
La tribu gitana, zarzuela en un acto.
El gran tacaño, comedia en tres actos.
Los hombres alegres, sainete lírico en un acto.
Los perros de presa, viaje en cuatro actos.
El paraíso, comedia en dos actos.
¡Mea culpa!, disgusto lírico original y en prosa.
Genio y figura, comedia en tres actos.
La partida de la porra, sainete lírico en un acto.
La mar salada, comedia en dos actos.
La alegría de vivir, ídem en cuatro actos.
Los viajes de Gulliver, zarzuela cómica en tres actos.
La divina providencia, juguete cómico en tres actos.
La gallina de los huevos de oro, comedia de magia en dos actos.

El verbo amor, opereta en un acto, dividido en un prólogo y dos cuadros.
Baldomero Pachón, imitación cómico-lírico-satírica en dos actos.
Pasta flora, comedia en tres actos.
El debut de la chica, monólogo en prosa.
El orgullo de Albacete, juguete cómico en tres actos.
La pata de gallo, monólogo cómico en prosa.
El potro salvaje, zarzuela cómica en un acto.
La corte de Risalía, zarzuela en dos actos.
El dichoso verano, fantasía lírica en un acto.
España Nueva, profecía cómico-lírica en un acto.
El cabeza de familia, melodrama cómico en tres actos.
La Piqueta, juguete cómico en tres actos.
El tren rápido, ídem íd. íd.
Los vecinos, entremés en prosa.
Mi querido Pepe, juguete cómico en dos actos.
Sierra Morena, boceto de sainete, original y en prosa.
Las alegres colegialas, zarzuela en un acto.
El velón de Lucena, magia en cuatro actos.
La bendición de Dios, sainete en dos actos.
El Infierno, comedia en tres actos.
El asombro de Damasco, zarzuela en dos actos
El río de oro, viaje cómico en dos actos.
El viaje del rey, juguete cómico en tres actos.
La gentil Mariana, juguete cómico en dos actos
Nieves de la Sierra, comedia en tres actos.
El Rey del Tabaco, melodrama en tres actos y un prólogo.
El niño judío, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros.
Los cien mil hijos de San Luis, juguete cómico en tres actos.
Juanito y su novia, diablura cómico-lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
Muñecos de trapo, farsa cómico-lírica en dos actos.
Pancho Virondo, comedia en dos actos.
La Garduña, zarzuela en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros.
Las aventuras de Colón, humorada lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
El padre de la Patria, juguete cómico en tres actos.

El pobre Rico, juguete cómico en dos actos.
Guitarras y bandurrias, sainete lírico en dos actos.
Los baños de sol, comedia en tres actos.
La caída de la tarde, fantasía cómico-lírica en un acto, dividido en tres cuadros.
El portal de Belén, entremés.
¡Tío de mi vida!, juguete cómico en tres actos.
¡No te cases, que peligras!, sainete lírico en un acto y tres cuadros
Ojo por ojo, humorada lírica en un acto, dividido en tres cuadros y un radiograma de madrugada.
Melchor, Gaspar y Baltasar, juguete cómico en tres actos.
Bataclán, escenas de la vida de un payaso, en tres actos.
La guillotina, zarzuela en dos actos.
Nuestra novia, comedia en tres actos.
Mi marido se aburre, juguete cómico en tres actos.
El apuro de Pura, farsa matrimonial en un acto.
El burlador de Medina, comedia en tres actos.
El cerdo de Avilés, magia en tres actos.
La tierra de Carmen, revista en tres actos.
Benamor, opereta en tres actos.
La luz de Bengala, zarzuela en dos actos.
La moza de Campanillas, zarzuela en tres actos.
Las mujeres de Zorrilla, juguete cómico en tres actos.

OBRAS DE RICARDO GONZALEZ DEL TORO

Cara-chica, boceto de comedia en un acto.
Sal de espuma, zarzuela en un acto.
La mala fama, sainete
Gente de trueno, sainete lírico.
El decir de la gente, boceto lírico en un acto.
Gracia y Justicia, exposición cómico-lírico-bailable.
Mamá suegra, entremés en prosa.
La costa azul, opereta en un acto y cuatro cuadros.
El fantasma, fantasía melodramática en un acto.
La reina de las tintas, humorada lírica en un acto.
Rosa temprana, juguete lírico en un acto, en prosa y verso.
El pueblo del peleón, opereta ménflica en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, pseudo-parodia de «La corte de Faraón».
Pajaritos y flores, boceto de sainete en un acto y en verso.
El alegre Manolín, juguete lírico.
La niña de los besos, opereta en un acto, dividido en tres cuadros.
La canción española, opereta española en un acto y tres cuadros.
Las pícaras faldas, humorada con música en un acto y tres cuadros.
Casco de oro, boceto melodramático en un cuadro.
Los pocos años, sainete con música en un acto, dividido en cuatro cuadros.
La viva de genio, zarzuela en dos actos, divididos en siete cuadros.
¡Centinela... alerta!, opereta en un acto.

Los campesinos, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.

Las percheleras, sainete lírico en un acto y tres cuadros.

El sostén de la casa, sainete con música, en un acto y tres cuadros.

El amor lo pintan niño..., entremés.

El gran simpático, zarzuela cómico-extravagante en un acto, dividido en tres cuadros.

El tren de lujo, zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros.

El ojo de Gayo, zarzuela cómica en un acto, dividido en cuatro cuadros.

La canción española, (reformada).

La última opereta, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros.

La noche vieja, opereta en un acto, dividido en cuatro cuadros.

El fiaco de Quintanilla, juguete cómico en tres actos.

Cine-Fantomas, fantasía cómico-lírico-bailable en un acto, dividido en cinco cuadros.

El valiente capitán, vodevil en tres actos.

Hotel Marcial, opereta en un acto y tres cuadros.

¡Adiós, juventud!, comedia italiana en tres actos y prosa.

La alegre Diana, opereta en tres actos.

La Eva ideal, fantasía cómico-lírica en un acto, dividido en cinco cuadros.

La embajadora, zarzuela cómica en tres actos.

El amigo Carvajal, juguete cómico en dos actos, el segundo dividido en dos partes.

La costilla de Adán, fantasía cómico-lírica en un acto dividido en cuatro cuadros.

El Zorro, zarzuela cómico-dramática en un acto, dividido en tres cuadros.

El Santo Varón, juguete cómico en tres actos y en prosa.

La exposición de la gloria, zarzuela en un acto.

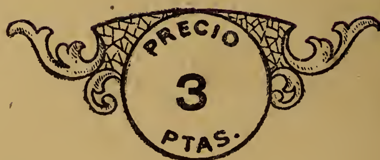
El, comedia en tres actos.

¡Ay, qué tendrá mi marido!, zarzuela cómica en un acto, dividido en cuatro cuadros.

Nuestra novia, comedia en tres actos.

Una noche en el Paraíso, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros.

Fi-Fi, opereta bufa eu tres actos.
Mi marido se aburre, comedia en tres actos.
El burlador de Medina, comedia en tres actos.
Un señor de frac, comedia en tres actos.
El cerdo de Avilés, comedia de magia en tres actos.
Benamor, zarzuela en tres actos.
La moza de Campanillas, zarzuela en tres actos.
El caballero de la Rosa, fantasía en un acto y cinco cuadros
Las mujeres de Zorrilla, juguete cómico en tres actos.


PRECIO
3
PTAS.